



Cosas imposibles

Cuentos fantásticos y de terror

LIBROS Y CASAS



Este libro pertenece a:

Cosas imposibles

Cuentos fantásticos y de terror

Autoridades nacionales

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Dr. Juan Manzur

Ministerio de Cultura de la Nación

Prof. Tristán Bauer

Ministerio de Desarrollo Territorial y Hábitat de la Nación

Ing. Jorge Horacio Ferraresi

Ministerio de Educación de la Nación

Lic. Jaime Perczyk



LIBROS Y CASAS

Cosas imposibles

Cuentos fantásticos y de terror

Coordinación editorial
Bárbara Talazac y Daniela Allerbon

Edición
Bárbara Talazac

Asistencia editorial
Pilar Amoia y Ariadna Castellarnau

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Paula Erre

Imagen de tapa
Agustín Sirai / Nombre de la obra: Pieza

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib

Agradecimientos: Andrés Fogwill, Facundo Piperno,
Laura Ponce, Melania Stucchi, Patricio Vega

El programa Libros y Casas está integrado por Bárbara Talazac,
Débora Ruiz, Victoria Sandri, Virginia Lauricella, Cecilia Ferreiroa,
Juan Fossati y Pilar Amoia.

Cosas imposibles : cuentos fantásticos y de terror / Rodolfo Fogwill ... [et al.] ;
compilación de Bárbara Talazac ; editado por Bárbara Talazac ; fotografías de
Agustín Sirai. - 2a ed compendiada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Ministerio de Cultura de la Nación, 2021.
116 p. ; 15 x 24 cm.

ISBN 978-987-8915-03-6

1. Narrativa en Español. 2. Cuentos de Terror. 3. Cuentos Fantásticos. I. Fogwill, Rodolfo.
II. Talazac, Bárbara, comp. III. Sirai, Agustín, fot.
CDD 863

Programa Libros y Casas

El programa **Libros y Casas** te acerca esta biblioteca en la que vas a encontrar literatura para grandes y chicos, poesías, libros ilustrados, una guía sobre los derechos de las mujeres y diversidades, y clásicos de la literatura argentina y universal, entre otros. La selección fue especialmente pensada para que cada integrante de la familia pueda encontrar las historias que más le gusten. Hay cuentos de amor, de fútbol, de terror, de enigma, poemas de diferentes épocas y un libro de mitos y leyendas de pueblos originarios. Esta colección está dirigida tanto a las familias beneficiarias de los Planes Federales de Vivienda, como a los participantes y agentes de las actividades formativas que se brindan en espacios comunitarios: bibliotecas, escuelas y centros de integración.

Desde 2007, Libros y Casas ha brindado más de mil talleres de lectura, facilitado más de cien mil bibliotecas y entregado un millón ochocientos mil libros a lo largo de todo el país. La lectura nos hace más libres, nos ayuda a expandir el pensamiento crítico y propio, y a construir nuestra ciudadanía. Además estimula la imaginación, potencia la creatividad, amplía nuestro mundo y nos prepara para usar nuevas tecnologías. Esperamos que

esta biblioteca habilite momentos (por más breves que sean) de placer, nuevas ideas y entusiasmo.

Por todo esto, te invitamos a conocer y transitar estos libros, a que los compartas con tus familiares, amigos y vecinxs, a que los lleves con vos y te acompañen a donde vayás.

10 motivos para tener libros en casa

- Porque intercambiar opiniones sobre lecturas y hablar de libros es un espacio ganado al vacío.
- Porque la lectura es una llave para formar un punto de vista propio, un lugar de singularidad y resistencia.
- Porque en una biblioteca podemos encontrar respuestas a algo que nos pasa, conocer otras voces, otras realidades y ampliar nuestra sensibilidad.
- Porque leer no es un lujo. Participar de la cultura es un derecho y también lo es poder generar espacios para la lectura.
- Porque leer nos interpela a pensar, sentir, experimentar e imaginar.
- Porque cada texto hace eco en lugares que desconocemos de nuestra historia, que se puede enriquecer en el encuentro con creaciones literarias de otrxs.
- Porque leer fortalece nuestras capacidades y habilidades para interactuar con el mundo.

Programa Libros y Casas

- Para habilitar lecturas en soledad y también colectivas, junto a amigxs, familiares, pareja o vecinxs.
- Para apropiarnos de los libros, recorrerlos con libertad, a nuestro tiempo, modo y antojo.
- En definitiva, porque leer implica reconocer que algo nos falta y eso se parece mucho al deseo. La lectura pone en movimiento nuestros deseos y, por extensión, a la vida.

Índice

11. **Introducción**
14. **El aljibe** / Mariana Enríquez
“Iban de vacaciones a Corrientes, a visitar a los tíos maternos, pero eso era solo una parte del gran motivo del viaje, que Josefina no podía adivinar”.
32. **Los pasajeros del tren de la noche** / Rodolfo Fogwill
“Claro que nadie le iba a contar a Diego que lo estuvieron dando por muerto y que le habían hecho misas”.
46. **Ágata** / Patricia Suárez
“Nadie parecía entender que ella no los recordaba; nadie se había tomado el trabajo de advertirlos”.
68. **El libro de arena** / Jorge Luis Borges
“Me dijo que su libro se llamaba el Libro de Arena, porque ni el libro ni la arena tienen ni principio ni fin”.
76. **Los buques suicidantes** / Horacio Quiroga
“Todos, sin saber lo que hacían, se habían arrojado al mar, envueltos en el sonambulismo moroso que flotaba en el buque”.
82. **Cuentos de la Negra Tomasa** / Alberto Laiseca
“Como a los treinta años de este sucedido se metió a vivir en ese lugar abandonado, que todos tenían por lugar de fantasmas, una mujer joven con un crío de teta. Chiquito”.

-
86. **La sogá** / Silvina Ocampo
“Todo un año, de su vida de siete años, Antoñito había esperado que le dieran la sogá; ahora podía hacer con ella lo que quisiera”.
90. **El herrero Miseria** / Ricardo Güiraldes
*“San Pedro, que se había acomodao atrás de Miseria, le sopló:
—Pedí el Paraíso.
—Callate, viejo —le contestó por lo bajo Miseria...”.*
104. **Después del cine** / Amalia Jamilis
“—Los chicos no deben andar solos de noche —dictaminó la mujer. Recién entonces Misa reparó en que eran realmente muy viejos, más de lo que ella había visto nunca. Se apretó contra la pared y se cubrió la cara con las manos”.

Introducción

Lo fantástico está presente en la literatura de la misma manera que en la vida cotidiana. Se puede manifestar en cualquier tipo de obra y ocurre cuando la persona que lee (o quien protagoniza el relato) se enfrenta a un hecho imposible de explicar.

Un hecho casual nos sorprende, nos perturba y nos obliga a preguntarnos hasta dónde llega nuestra percepción. Entonces dudamos, nos inquietamos. La duda es la esencia de lo fantástico y nace de la incógnita que cualquier relato fantástico deja siempre colgando en el aire, como un hilo de seda que jamás lograremos atrapar.

Julio Cortázar solía hablar del sentimiento de lo fantástico porque para él la vida estaba llena de intersticios, pequeños espacios por los cuales podía infiltrarse cualquier cosa inesperada o un elemento que no podía explicarse según las leyes de la inteligencia racional. Lo fantástico, por lo tanto, nos pone a prueba y nos sitúa en esa zona fronteriza de la existencia en la que no todas las explicaciones están dadas, en la que los misterios no tienen solución y en la que podemos vislumbrar brevemente el abismo de todo lo que no conocemos.

En 1940 Jorge Luis Borges, Bioy Casares y Silvina Ocampo publicaron una *Antología de la literatura fantástica* que se transformó en la plataforma de lanzamiento de una forma de escribir en la literatura argentina. Las raíces de este florecimiento tienen que ver en gran parte con la asimilación en la literatura nacional de autores clásicos, como Edgar Allan Poe (Estados Unidos, 1809-1949), Villiers de l'Isle Adam (Francia, 1838-1889), Prosper Mérimée (Francia, 1803-1870), Ambrose Bierce (Estados Unidos, 1842-¿México, 1914?) o Saki, seudónimo de Héctor Hugo Munro (Birmania, 1870-Francia 1916). Los relatos fantásticos no nos permiten huir mentalmente de la realidad, sino todo lo contrario: ponen en duda nuestros conceptos aprendidos y provocan una ruptura, un quiebre con el pensamiento tradicional. En otras palabras: lo fantástico refleja la incertidumbre de lo real, abre interrogantes donde antes había certezas.

La selección que proponemos en esta antología abarca una extensa línea de tiempo y supone una representación de los mejores ejemplos narrativos del género fantástico en nuestro país. En “El herrero Miseria”, de Ricardo Güiraldes, nos encontramos con la clásica fábula de un pobre hombre que pacta con el diablo trasladada a una zona rural. Horacio Quiroga, en su cuento “Los buques suicidantes”, también recupera otro objeto de culto de la literatura clásica: los barcos fantasma; lo mismo hace Borges con ese libro monstruoso que es el verdadero protagonista de su relato “El libro de arena”: la literatura fantástica está poblada de objetos mágicos, pero nefastos. Y si de finales aterradores se trata, quienes lean esta antología pasarán

miedo de verdad con “Cuentos de la Negra Tomasa”, de Alberto Laiseca, y “El aljibe”, de Mariana Enríquez, muy distintos entre sí, pero que encarnan lo mejor del género de terror en nuestro país. La extraña confluencia entre lo real y lo fantástico aparece en “Después del cine”, relato de la autora argentina Amalia Jamilis. Esta antología incluye otros dos cuentos maravillosos: “Ágata”, de Patricia Suárez, y “Los pasajeros del tren de la noche”, de Rodolfo Fogwill, cuento fantástico con un cierre maestro.

A la vez universales y locales, quienes escribieron estos relatos generan mundos propios que toman elementos de la realidad para presentarlos en un nuevo orden. Así es como logran modificar los límites de nuestra percepción y nuestras concepciones estables arrastrándonos hacia el otro lado del espejo, aquel en el que habita todo lo que no cabe en nuestra breve, endeble y frágil vida cotidiana.

“El aljibe es un cuento perfecto [...] No es común que un relato fantástico sea también un retrato social y psicológico y que ambas vertientes se potencien, desborden tanto el realismo como el género y se intercambien resonancias y fantasmas”.

Quintín

Mariana Enríquez

Buenos Aires, 1973

Periodista y narradora argentina. Forma parte del grupo de escritores conocido como “nueva narrativa argentina”. Se ha desempeñado profesionalmente como periodista y columnista en medios gráficos, como el suplemento *Radar* del diario *Página/12* (del que es subeditora). Ha publicado las novelas *Bajar es lo peor*, *Cómo desaparecer completamente* y las colecciones de cuentos *Los peligros de fumar en la cama* y *Las cosas que perdimos en el fuego*. En 2019 ganó el Premio Herralde de Novela por *Nuestra parte de noche*.

El aljibe

*I am terrified by this dark thing
That sleeps in me;
All day I feel its soft, feathery turnings, its malignity.*

Estoy aterrorizada por esta cosa oscura
que duerme en mí;
Todo el día siento sus giros suaves, como de pluma, su malignidad.
Sylvia Plath

JOSEFINA RECORDABA EL CALOR Y EL HACINAMIENTO dentro del Renault 12 como si el viaje hubiera sucedido apenas unos días atrás y no cuando ella tenía seis años, poco días después de Navidad, bajo el asfixiante sol de enero. Su padre manejaba, casi sin hablar; su madre iba en el asiento de adelante y, en el de atrás, Josefina había quedado atrapada entre su hermana y su abuela Rita, que pelaba mandarinas e inundaba el auto con el olor de la fruta recalentada. Iban de vacaciones a Corrientes, a visitar a los tíos maternos, pero eso era solo una parte del

gran motivo del viaje, que Josefina no podía adivinar. Recordaba que ninguno hablaba mucho; su abuela y su madre llevaban anteojos oscuros y solo abrían la boca para alertar sobre algún camión que pasaba demasiado cerca del auto, o para pedirle a su padre que disminuyera la velocidad, tensas y alertas a la espera de un accidente.

Tenían miedo. Siempre tenían miedo. En verano, cuando Josefina y Mariela querían bañarse en la Pelopincho, la abuela Rita llenaba la pileta con apenas diez centímetros de agua y vigilaba cada chapoteo sentada en una silla bajo la sombra del limonero del patio, para llegar a tiempo si sus nietas se ahogaban. Josefina recordaba que su madre lloraba y llamaba a médicos y ambulancias de madrugada si ella o su hermana tenían unas líneas de fiebre. O las hacía faltar a la escuela ante un inofensivo catarro. Nunca les daba permiso para dormir en casa de amigas, y apenas las dejaba jugar en la vereda; si lo hacía, podían verla vigilándolas por la ventana, escondida detrás de las cortinas. A veces Mariela lloraba de noche diciendo que algo se movía debajo de su cama, y nunca podía dormir con la luz apagada. Josefina era la única que nunca tenía miedo, como su padre. Hasta aquel viaje a Corrientes.

Apenas recordaba cuántos días habían pasado en casa de los tíos, ni si habían ido a la Costanera o a caminar por la peatonal. Pero se acordaba perfectamente de la visita a la casa de doña Irene. Ese día el cielo estaba nublado, pero el calor era pesado, como siempre en Corrientes antes de una tormenta. Su padre no las había acompañado; la casa de doña Irene quedaba cerca de la de los tíos, y las cuatro habían ido caminando acompañadas de la tía Clarita. No

la llamaban bruja, le decían La Señora; su casa tenía un patio delantero hermoso, un poco demasiado recargado de plantas, y casi en el centro había un aljibe pintado de blanco; cuando Josefina lo vio se soltó de la mano de su abuela y corrió ignorando los aullidos de pánico para verlo de cerca y asomarse al pozo. No pudieron detenerla antes de que viera el fondo y el agua estancada en lo profundo.

Su madre le dio un cachetazo que la habría hecho llorar si Josefina no hubiera estado acostumbrada a esos golpes nerviosos que terminaban en llantos y abrazos y “mi nenita, mi nenita, mirá si te pasa algo”. Algo como qué, había pensado Josefina. Si ella nunca había pensado en tirarse. Si nadie iba a empujarla. Si ella solo quería ver si el agua reflejaba su cara, como siempre sucedía en los aljibes de los cuentos, su cara como una luna con cabello rubio en el agua negra.

Josefina la había pasado bien esa tarde en casa de La Señora. Su madre, su abuela y su hermana, sentadas sobre banquetas, habían dejado que Josefina curioseara las ofrendas y chucherías que se amontonaban frente a un altar; la tía Clarita, respetuosa, esperaba mientras tanto en el patio, fumando. La Señora hablaba, o rezaba, pero Josefina no podía recordar nada extraño, ni cánticos, ni humaredas, ni siquiera que tocara con las manos a su familia. Solamente les susurraba lo suficientemente bajo como para que ella no pudiera escuchar lo que decía, pero no le importaba: sobre el altar descubría escarpines de bebé, ramos de flores y ramas secas, fotografías en color y blanco negro, cruces decoradas con lazos rojos, estampitas de santos, muchos rosarios –de plástico,

de madera, de metal plateado- y la fea figura del santo al que su abuela le rezaba, San La Muerte, un esqueleto con su guadaña, repetida en diferentes tamaños y materiales, algunas veces tosco, otras tallado al detalle, con los huesos de los globos oculares negrísimos y la sonrisa amplia.

Al rato, Josefina se aburrió y La Señora le dijo: “Chiquita, por qué no te acostás en el sillón, andá”. Ella lo hizo y se durmió al instante, sentada. Cuando despertó, ya era de noche y la tía Clarita se había cansado de esperar. Tuvieron que volver caminando solas. Josefina se acordaba de que, antes de salir, había tratado de volver a mirar dentro del aljibe, pero no se había animado. Estaba oscuro y la pintura blanca brillaba como los huesos de San La Muerte; era la primera vez que sentía miedo. Volvieron a Buenos Aires pocos días después. La primera noche en casa, Josefina no había podido dormir cuando Mariela apagó el velador.

Mariela dormía tranquilamente en la camita de enfrente, y ahora el velador estaba en la mesa de luz de Josefina, que recién tenía sueño cuando las agujas fosforescentes del reloj de Hello Kitty marcaban las tres o las cuatro de la madrugada. Mariela se abrazaba a un muñeco y Josefina veía que los ojos de plástico brillaban humanos en la semioscuridad. O escuchaba cantar un gallo en plena noche y recordaba -pero ¿quién se lo había dicho?- que ese canto, a esa hora, era señal de que alguien iba a morir. Y debía ser ella, así que se tomaba el pulso -había aprendido a hacerlo viendo a su madre, que siempre les

controlaba la frecuencia de los latidos cuando tenían fiebre-. Si eran demasiado rápidos, tenía tanto miedo que ni siquiera se atrevía a llamar a sus padres para que la salvaran. Si eran lentos, se apoyaba la mano en el pecho para controlar que el corazón no se detuviera. A veces se dormía contando, atenta al minuterero. Una noche había descubierto que la mancha de revoque en el techo, justo sobre su cama -el arreglo de una gotera- tenía forma de rostro con cuernos, la cara del diablo. Eso sí se lo había dicho a Mariela; pero su hermana, riéndose, dijo que las manchas eran como las nubes, que se podían ver distintas formas si uno las miraba demasiado. Y que ella no veía ningún diablo, le parecía un pájaro sobre dos patas. Otra noche había escuchado el relincho de un caballo o un burro... pero las manos le empezaron a transpirar cuando pensó que debía ser el Alma Mula, el espíritu de una muerta que transformado en mula no podía descansar y salía a trotar de noche. Eso se lo había contado a su padre; él le besó la cabeza, dijo que eran pavadas y a la tarde lo había escuchado gritarle a su madre: “¡Que tu vieja deje de contarle pelotudeces a la nena! ¡No quiero que le llene la cabeza, ignorante supersticiosa de mierda!”. La abuela negaba haberle contado nada, y no mentía. Josefina no tenía idea de dónde había sacado esas cosas, pero sentía que las sabía, como sabía que no podía acercar la mano a una hornalla encendida sin quemarse, o que en otoño tenía que ponerse un saquito sobre la remera porque de noche refrescaba.

Años después, sentada frente a uno de sus tantos psicólogos, había tratado de explicarse y racionalizar cada miedo: lo que Mariela había dicho del revoque podía ser

cierto, a lo mejor le había escuchado contar esas historias a la abuela porque eran parte de la mitología correntina, a lo mejor un vecino del barrio tenía un gallinero, a lo mejor la mula era de los botelleros que vivían a la vuelta. Pero no creía en las explicaciones. Su madre solía ir a las sesiones y explicaba que ella y su madre eran “ansiosas” y “fóbicas”, que por cierto podían haberle contagiado esos miedos a Josefina; pero se estaban recuperando, y Mariela había dejado de sufrir terrores nocturnos, así que “lo de Jose” sería cuestión de tiempo.

Pero el tiempo fueron años, y Josefina odiaba a su padre porque un día se había ido dejándola sola con esas mujeres que ahora, después de años de encierro, planeaban vacaciones y salidas de fin de semana mientras ella se mareaba cuando llegaba a la puerta; odiaba haber tenido que dejar la escuela y que su madre la acompañara a rendir los exámenes cada fin de año; odiaba que los únicos chicos que visitaban su casa fueran amigos de Mariela; odiaba que hablaran de “lo de Jose” en voz baja, y sobre todo odiaba pasarse días en su habitación leyendo cuentos que de noche se transformaban en pesadillas. Había leído la historia de Anahí y la flor del ceibo, y en sueños se le había aparecido una mujer envuelta en llamas; había

_____ leído sobre el urutaú, y ahora antes de dormirse escuchaba al pájaro, que en realidad era una chica muerta, llorando cerca de su ventana. No podía ir a La Boca porque le parecía que debajo de la superficie del riachuelo negro había cuerpos sumergidos que seguro intentarían salir cuando ella estuviera cerca de la orilla. Nunca dormía con una pierna destapada porque esperaba la mano fría que la rozara. Cuando su madre

Urutaú
Ave nocturna.

tenía que salir, la dejaba con la abuela Rita; y si se retrasaba más de media hora, Josefina vomitaba porque la tardanza solo podía significar que se había muerto en un accidente. Pasaba corriendo frente al retrato del abuelo muerto al que jamás había conocido porque podía sentir cómo la seguían sus ojos negros, y nunca se acercaba al cuarto donde estaba el viejo piano de su madre porque sabía que cuando nadie lo tocaba, se ocupaba de hacerlo el diablo.

Desde el sillón, con el pelo tan grasoso que parecía siempre húmedo, veía pasar el mundo que se estaba perdiendo. Ni siquiera había ido al cumpleaños de quince de su hermana, y sabía que Mariela se lo agradecía. Iba de un psiquiatra a otro desde hacía tiempo, y ciertas pastillas le habían permitido empezar la secundaria, pero solo hasta tercer año, cuando había descubierto que en los pasillos del colegio se escuchaban otras voces bajo el murmullo de los chicos que planeaban fiestas y borracheras; cuando desde adentro del baño, mientras hacía pis, había visto pies descalzos caminando por los azulejos y una compañera le dijo que debía ser la monja suicida que años atrás se había colgado del mástil. Fue inútil que su madre y la directora y la psicopedagoga le dijeran que ninguna monja se había matado jamás en el patio; Josefina ya tenía pesadillas sobre el Sagrado Corazón de Jesús, sobre el pecho abierto de Cristo que en sueños sangraba y le empapaba la cara, sobre Lázaro, pálido y podrido levantándose de una tumba entre las rocas, sobre ángeles que querían violarla.

Así que se había quedado en casa, y de vuelta a rendir materias cada fin de año con certificado médico. Y mientras tanto Mariela volvía de madrugada en autos que frenaban en la puerta, y se escuchaban los gritos de los chicos al final de una noche de aventuras que Josefina ni siquiera podía imaginar. Envidiaba a Mariela incluso cuando su madre le gritaba porque la cuenta del teléfono era impagable; si ella solo hubiera tenido alguien con quien hablar. Porque no le servía el grupo de terapia, todos esos chicos con problemas reales, con padres ausentes o infancias llenas de violencia que hablaban de drogas y sexo y anorexia y desamor. Y sin embargo seguía yendo, siempre en taxi, de ida y de vuelta, y el taxista tenía que ser siempre el mismo, y esperarla en la puerta, porque se mareaba y los latidos de su corazón no la dejaban respirar si se quedaba sola en la calle. No había subido a un colectivo desde aquel viaje a Corrientes y la única vez que había estado en el subterráneo gritó hasta quedarse afónica, y su madre tuvo que bajarse en la estación siguiente; esa vez la había zamarreado y arrastrado por las escaleras, pero a Josefina no le importó porque tenía que salir de cualquier manera de ese encierro, ese ruido, esa oscuridad serpenteante.

Las pastillas nuevas, celestes, casi experimentales, relucientes como recién salidas del laboratorio, eran fáciles de tragar y en apenas un rato lograban que la vereda no pareciera un campo minado; hasta la hacían dormir sin sueños que pudiera recordar, y cuando apagó

el velador una noche, no sintió que las sábanas se enfriaban como una tumba. Seguía teniendo miedo, pero podía ir al kiosco sola sin la seguridad de morir en el trayecto. Mariela parecía más entusiasmada que ella. Le propuso salir juntas a tomar un café, y Josefina se atrevió –en taxi ida y vuelta, eso sí–; esa tarde había podido hablar como nunca con su hermana, y se sorprendió planeando ir al cine (Mariela prometió salir en mitad de la película si hacía falta) y hasta confesando que a lo mejor tenía ganas de ir a la facultad, si en las aulas no había demasiada gente y las ventanas o puertas le quedaban cerca. Mariela la abrazó sin vergüenza, y al hacerlo tiró una de las tazas de café al piso, que se partió justo a la mitad. El mozo juntó los restos sonriente, y cómo no, si Mariela era hermosa con sus mechones de pelo rubio sobre la cara, los labios gruesos siempre húmedos y los ojos apenas delineados de negro para que el verde del iris hipnotizara a los que la miraban.

Salieron varias veces más a tomar café –lo del cine nunca pudo concretarse– y una de esas tardes, Mariela le trajo los programas de varias carreras que podían gustarle a Josefina –Antropología, Sociología, Letras–. Pero parecía inquieta, y ya no con el nerviosismo de las primeras salidas, cuando debía estar preparada para llamar de urgencia a un taxi –o a una ambulancia, en el peor de los casos– para llevar a Josefina de vuelta a casa o a la guardia de un hospital. Acomodó los mechones de largo pelo rubio detrás de las orejas y encendió un cigarrillo.

–Jose –le dijo–. Hay una cosa.

–¿Qué?

— ¿Te acordás cuando viajamos a Corrientes? Vos tendrías seis años, yo ocho...

— Sí.

— Buen, ¿te acordás que fuimos a una bruja? Mamá y la abuela fueron porque ellas eran como vos, así, tenían miedo todo el tiempo, y se fueron a curar.

Josefina ahora la escuchaba atentamente. El corazón le latía muy rápido, pero respiró hondo, se secó las manos en los pantalones y trató de concentrarse en lo que decía su hermana, como le había recomendado su psiquiatra (“Cuando viene el miedo”, le había dicho, “prestale atención a otra cosa. Cualquier cosa. Fijate qué está leyendo la persona que tenés al lado. Leé los carteles de las publicidades, o contá cuántos autos rojos pasan por la calle”).

— Y yo me acuerdo que la bruja dijo que podían volver si les pasaba otra vez. A lo mejor podrías ir. Ahora que estás mejor. Yo sé que es una locura, parezco la abuela con sus boludeces de la provincia, pero a ellas se les pasó, ¿o no?

— Mariel, yo no puedo viajar. Vos sabés que no puedo.

— ¿Y si yo te acompaño? Me la banco, en serio. Lo planeamos bien.

— No me animo. No puedo.

— Buen. Si te animás, pensalo, qué sé yo. Yo te ayudo, en serio.

La mañana que intentó salir de la casa para ir a anotarse en la facultad, Josefina descubrió que el trayecto de la puerta al taxi le resultaba infranqueable. Antes de

poner un pie en la vereda le temblaban las rodillas, y ya lloraba. Hacía varios días que notaba un estancamiento y hasta un retroceso en el efecto de las pastillas; había vuelto esa imposibilidad de llenar los pulmones, o mejor, esa atención obsesiva que le prestaba a cada inspiración, como si tuviera que controlar la entrada de aire para que el mecanismo funcionara, como si se estuviera dando respiración boca a boca para mantenerse viva. Otra vez se paralizaba ante el menor cambio de lugar de los objetos de su habitación, otra vez tenía que encender ya no solo la luz del velador, sino el televisor y la lámpara de techo para dormir, porque no soportaba ni una sola sombra. Esperaba cada síntoma, los reconocía; pero por primera vez sentía algo por debajo de la resignación y la desesperación. Estaba enojada. También estaba agotada, pero no quería volver a la cama a tratar de controlar los temblores y la taquicardia, ni arrastrarse hasta el sillón en pijama para pensar en el resto de su vida, en un futuro de hospital psiquiátrico o enfermeras privadas, porque no podía recurrir al suicidio, ¡si tenía tanto miedo de morirse!

En cambio, empezó a pensar en Corrientes y en La Señora. Y en cómo era la vida en su casa antes del viaje. Recordó a su abuela llorando en cuclillas al lado de la cama, rezando para que parara la tormenta, porque le tenía miedo a los rayos, a los truenos, a los relámpagos, incluso a la lluvia. Recordó que su madre miraba por la ventana con ojos desorbitados cada vez que se inundaba la calle, y cómo gritaba que se iban a ahogar todos si no bajaba el agua. Recordó que Mariela nunca quería ir a jugar con los hijos de los vecinos, ni siquiera cuando la venían a buscar, y se abrazaba a sus muñecos como

si temiera que se los robaran. Se acordó de que su padre llevaba a su madre una vez por semana al psiquiatra, y que ella siempre volvía semidormida, directo a la cama. Y hasta se acordó de doña Carmen, que se encargaba de hacerle los mandados y cobrarle la jubilación a su abuela, que no quería –no podía, ahora Josefina lo sabía– salir de la casa. Doña Carmen llevaba diez años muerta, dos más que su abuela, y después del viaje a Corrientes solo la visitaba para tomar el té, porque todos los encierros y terrores se habían terminado. Para ellas. Porque para Josefina, recién empezaban.

¿Qué había pasado en Corrientes? ¿La Señora se había olvidado de “curarla” a ella? Pero, si no tenía que curarla de nada, si Josefina no tenía miedo. Pero entonces, si poco después había empezado a padecer lo mismo que las otras, ¿por qué no la habían llevado con La Señora? ¿Porque no la querían? ¿Y si Mariela se equivocaba? Josefina empezó a comprender que el enojo era el límite, que si no se aferraba al enojo y lo dejaba llevarla hasta un micro de larga distancia, hasta La Señora, nunca podría salir de ese encierro, y que valía la pena morir intentándolo.

Esperó a Mariela despierta una madrugada, y le hizo un café para despejarla.

—Mariel, vamos. Me animo.

—¿Adónde?

Josefina tuvo miedo de que su hermana retrocediera, retirara el ofrecimiento, pero se dio cuenta de que no le entendía solo porque estaba bastante borracha.

—A Corrientes, a ver a la bruja.

Mariela la miró completamente lúcida de golpe.

—¿Estás segura?

—Ya lo pensé, tomo muchas pastillas y duermo todo el camino. Si me pongo mal... me das más. No hacen nada. Como mucho, dormiré un montón.

Josefina subió casi dormida al micro; lo esperó al lado de su hermana en un banco, roncando con la cabeza apoyada sobre el bolso. Mariela se había asustado cuando la vio tomar cinco pastillas con un trago de Seven-Up, pero no le dijo nada. Y funcionó, porque Josefina despertó recién en la terminal de Corrientes, con la boca llena de sabor ácido y dolor de cabeza. Su hermana la abrazó durante todo el viaje en taxi hasta la casa de los tíos, y Josefina intentó no partirse los dientes de tanto rechinarlos. Se fue directo a la pieza de la tía Clarita, que las esperaba, y no aceptó comida ni bebida ni visitas de parientes; apenas podía abrir la boca para tragar las pastillas, le dolían las mandíbulas y no podía olvidar la ráfaga de odio y pánico en los ojos de su madre cuando le dijo que se iba a buscar a la bruja, ni de cómo le había dicho: “Sabés bien que es al pedo” con tono triunfal. Mariela le había gritado “yegua hija de puta”, y no quiso escuchar ninguna explicación; encerrada en la habitación con Josefina, se quedó toda la noche despierta sin hablar, fumando, eligiendo remeras y pantalones frescos para el calor de Corrientes. Cuando salieron para la terminal, Josefina ya estaba drogada, pero bastante consciente como para notar que su madre no había salido de su pieza para despedirlas.

La tía Clarita les dijo que La Señora seguía viviendo en el mismo lugar, pero estaba muy vieja y ya no atendía

a la gente. Mariela insistió: solo para verla habían venido a Corrientes, y no se iban a ir hasta que las recibiera. En los ojos de Clarita asomaba el mismo miedo que en los de su madre, se dio cuenta Josefina. Y también supo que no las iba a acompañar, así que apretó el brazo de Mariela para interrumpir sus gritos (“¡Pero qué mierda te pasa, por qué vos tampoco la querés ayudar, no ves cómo está!”) y le susurró: “Vamos solas”. En las tres cuadras hasta la casa de La Señora, que le parecieron kilómetros, Josefina pensó en ese “¡no ves cómo está!” y se enojó con su hermana. Ella también podría ser linda si no se le cayera el pelo, si no tuviera esas aureolas sobre la frente que dejaban ver el cuero cabelludo; podría tener esas piernas largas y fuertes si fuera capaz de caminar al menos una vuelta manzana; sabría cómo maquillarse si tuviera para qué y para quién; sus manos serían bellas si no se comiera las uñas hasta la cutícula; su piel sería dorada como la de Mariela si el sol la tocara más seguido. Y no tendría los ojos siempre enrojecidos y las ojeras si pudiera dormir o distraerse con algo más que la televisión o Internet.

Mariela tuvo que aplaudir en el patio de La Señora para que abriera la puerta porque la casa no tenía timbre. Josefina miró el jardín, ahora muy descuidado, las rosas muertas de calor, las azucenas exangües, las plantas de ruda por todas partes, crecidas hasta alturas insólitas. La Señora apareció en el umbral cuando Josefina localizó el aljibe, casi oculto entre pastos, la pintura blanca tan descascarada que era posible ver los ladrillos rojos debajo.

La Señora las reconoció enseguida, y las hizo pasar. Como si las esperara. El altar seguía en pie, pero tenía el triple de ofrendas, y un San La Muerte enorme, del

tamaño de un crucifijo de iglesia; dentro de los ojos huecos brillaban lucecitas intermitentes, seguramente de una guirnalda eléctrica navideña. Quiso sentar a Josefina en el mismo sillón donde se había dormido casi veinte años atrás, pero tuvo que correr a buscar un balde, porque habían empezado las arcadas; Josefina vomitó fluidos intestinales y sintió que el corazón le obturaba la garganta, pero La Señora le puso una mano en la frente.

—Respirá hondo, criatura, respirá.

Josefina le hizo caso, y por primera vez en muchos años volvió a sentir el alivio de los pulmones llenos de aire, libres, ya no atrapados detrás de las costillas. Tuvo ganas de llorar, de agradecerle; tuvo la seguridad de que La Señora la estaba curando. Pero cuando levantó la cabeza para mirarla a los ojos, tratando de sonreír con los dientes apretados, vio pena y arrepentimiento en La Señora.

—Nena, no hay nada que hacerle. Cuando te trajeron acá, ya estaba listo. Lo tuve que tirar al aljibe. Yo sabía que los santitos no me lo iban a perdonar, que Añá _____
te iba a traer de vuelta.

Josefina negó con la cabeza. Se sentía bien. ¿Qué quería decirle? ¿Estaría de verdad vieja y ya loca, como había dicho la tía Clarita? Pero La Señora se levantó suspirando, se acercó al altar y trajo de vuelta una foto vieja. La reconoció: su madre y su abuela, sentadas en un sillón, y entre ellas Mariela a la derecha y un hueco a la izquierda, donde debía estar Josefina.

—Me dieron una pena, una pena. Las tres con malos pensamientos, con carne de gallina, con un daño de muchos años. Yo me sobresaltaba de mirarlas nomás, erucataba, no les podía sacar de adentro los males.

Añá

En la mitología guaraní, genio del mal.

—¿Qué males?

—Males viejos, nena, males que no se pueden decir.

—La Señora se santiguó—. Ni el Cristo de las Dos Luces podía con eso, no. Era viejo. Muy atacadas estaban. Pero vos nena no estabas. No estabas atacada. No sé por qué.

—¿Atacada de qué?

—¡Males! No se pueden decir. —La Señora se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio, y cerró los ojos—. Yo no podía sacarles lo podrido y meterlo adentro mío porque no tengo esa fuerza, y no la tiene nadie. No podía fluidar, no podía limpiar. Podía nomás pasarlos, y los pasé. Te los pasé a vos, nena, cuando dormías acá. El Santito decía que no te iba a atacar tanto porque estabas pura vos. Pero el Santito me mintió, o yo no le entendí. Ellas te los querían pasar, que te iban a cuidar decían. Pero no te cuidaron. Y yo lo tuve que tirar. A la foto, la tiré al aljibe. Pero no se puede sacar. No te los puedo sacar nunca porque los males están en la foto tuya en el agua, y ya se habrá pudrido la foto. Ahí quedaron en la foto tuya, pegados a vos.

La Señora se tapó la cara con las manos. Josefina creyó ver que Mariela lloraba, pero no le prestó atención porque trataba de entender.

—Se quisieron salvar ellas, nena. Esta también. —Y señaló a Mariela—. Era chica pero era bicha, ya.

Josefina se levantó con el resto de aire que le quedaba en los pulmones, con la nueva fuerza que le endurecía las piernas. No iba a durar mucho, estaba segura, pero por favor que fuera suficiente, suficiente para correr hasta el aljibe y arrojarle al agua de lluvia y ojalá que no tuviera fondo, ahogarse ahí con la foto y la traición. La Señora

y Mariela no la siguieron, y Josefina corrió todo lo que pudo pero cuando alcanzó los bordes del aljibe las manos húmedas resbalaron, las rodillas se agarrotaron y no pudo, no pudo trepar, y apenas alcanzó a ver el reflejo de su cara en el agua antes de caer sentada entre los pastos crecidos, llorando, ahogada, porque tenía mucho mucho miedo de saltar.



Este cuento se publicó en *Los peligros de fumar en la cama*.

Si te gustó...

Pájaros en la boca, cuentos de Samanta Schweblin; *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, cuentos de Horacio Quiroga; *No es un río*, novela de Selva Almada; *Drácula*, novela de Bram Stoker; *El garante*, serie dirigida por Sebastián Borensztein; *El vampiro negro*, película dirigida por Román Viñoly.

“Lo escribí a fines de la década de 1980 y lo entregué para su publicación en Música japonesa en marzo de 1982. La guerra vino a estropear el efecto esperado de una alegoría de las marchas de los jueves de Plaza de Mayo”.

Rodolfo Fogwill

Rodolfo Fogwill

Quilmes, 1941–Buenos Aires, 2010

Escritor y sociólogo argentino. En 1979 creó la editorial Tierra Baldía, que publicó las obras de los escritores Osvaldo y Leónidas Lamborghini y también su propio libro de poemas *El efecto de realidad*. En 1992, con la publicación de su libro de cuentos *Muchacha punk*, empezó su fama como narrador. La novela *Los Pichiciegos*, ambientada durante la guerra de las Malvinas, es una de sus obras más conocidas.

Los pasajeros del tren de la noche

NADIE CONOCE BIEN CÓMO SE INICIÓ. LA PRIMERA noticia se conoció un jueves, pero eso no demuestra nada: las cosas pudieron empezar días o semanas antes de aquel jueves de diciembre, cuando el mayorista de cigarrillos y el vendedor de diarios de la estación dijeron que volvían los soldados y que esa mañana de comienzos de verano, ellos mismos, juntos, habían visto con sus propios ojos a Diego Uriarte bajando del tren que lleva los tarros de los tambos y trae los diarios del día anterior y los paquetes con los pedidos de los comerciantes.

Jiménez, del quiosco de revistas, y el cigarrero Kentros hicieron correr la noticia esa misma mañana y por eso en el pueblo creen que fue aquel día que comenzaron a volver, pero todo bien pudo haber comenzado antes, el día anterior, o el jueves anterior, en otro tren, o en el mismo tren, que es el que llega de madrugada y sale de la Capital justo cuando oscurece y por eso lo llaman el tren de la noche.

Que habían visto a Diego Uriarte bajar del tren de la noche. Que vieron cómo se despedía de unos soldados con

yesos y vendajes que se amontonaban en el segundo vagón y que saltó al andén desde el furgón postal y que después bajaron otros dos con ropa de soldados. Que uno de ellos debía ser Miguel Sanders, cree el del quiosco y que al otro, uno negro y menudo, ninguno de los dos lo reconoció, ni Jiménez ni Kentros.

Eso contaron y dijeron haber visto cómo los tres muchachos se despidieron de los que iban en el vagón y miraron hacia el pueblo ya iluminado por el sol pero con las luces eléctricas de la plaza de la estación y de algunas vidrieras de los negocios grandes todavía encendidas.

Los tres muchachos se separaron enseguida y tomaron cada uno para su lado: Uriarte, por la calle principal, hacia su casa; el morocho que no era conocido tomó el camino de la vía para el lado de las quintas, y el otro, el que Jiménez dijo debía ser Miguel Sanders, cruzó los terraplenes y enfiló para el lado de la mina de cal. Kentros a ese no lo reconoció, pero bien pudo ser el muchacho de Sanders, porque los Sanders viven atrás de la loma blanca, pasando la mina de cal, y para llegar a la casa de la madre de Sanders es obligado tomar aquella dirección.

Y esa mañana comenzó todo. A saberse comenzó todo, pero bien pudo haber comenzado antes, días atrás o semanas atrás. Esa mañana se lo comentó mucho porque los dos que estaban en la estación esperando la llegada del tren reconocieron al Diego entre los tres soldados que volvían, y Diego Uriarte era un muchacho muy querido de todos, porque era el hijo del patrón del buffet del Club Social donde funcionaba el casino, porque había sido capitán del equipo de básquet y campeón de pelota y porque en el pueblo se daba por seguro que

Diego Uriarte había muerto en el frente hacía dos años y hasta le hicieron unas misas. Por eso, más que por otra cosa, corrió la voz y todos se acuerdan del día y suponen que los soldados comenzaron a volver aquel jueves 5 de diciembre.

Claro que nadie le iba a contar a Diego que lo estuvieran dando por muerto y que hasta le habían hecho misas. Él ha de haber llegado a la casa del padre, se habrá quitado para siempre la ropa militar y en medio de la alegría de la familia y de la impresión por verlo vivo y de vuelta, nadie ha de haberle comentado nada y se habrá ido a dormir, cansado por el viaje, contento de acostarse por fin en una cama limpia después de tanto tiempo.

Por el centro, a la vereda de la confitería y a las mesas de juego del Club Social recién se lo vio aparecer en la tarde del sábado, cuando ya todos conocían que estaba vuelto al pueblo y se estaban empezando a olvidar los homenajes y las misas.

Aunque después no pudo haber faltado alguien que por curiosidad, o por hacer un chiste, hablara de las misas con él, o con los otros que siguieron llegando. Con Sanders no. Los Sanders viven del otro lado de la sierra, más allá de la mina de cal, y casi nunca bajan a este pueblo; hacen compras en el almacén de campo de Santiago Nasar y para fiestas y para bailes se van al otro pueblo, donde la madre de Sanders tiene las hermanas y los hijos le estudiaron la escuela primaria. Pero a Diego Uriarte o a cualquiera de los que volvieron después, no ha de haber faltado algún curioso o un bromista que les hicieran entender que todos en el pueblo, hasta las propias madres, los habían estado dando por muertos.

Hay cuestiones de lógica: la madre de Federico Ortiz consta que recibió telegramas de pésame mandados del ejército, con los bordes del papel teñidos de negro, y que después le vino un cheque con la indemnización que le pagaron en el Banco Provincia. Si no todas, bastantes madres han de haber recibido cheques o telegramas por los parientes muertos. Es algo lógico: tarde o temprano, la madre de Ortiz, o la de Uriarte –si también ella recibió telegramas o cheques– o cualquier otra madre que hubiera recibido cheques o telegramas, debió hablar con el hijo de la cuestión, y más de una habrá andado pensando si la plata del cheque –unos pesos miserables– no iría a empezar a reclamársela el gobierno.

Pero no consta que la madre de Ortiz ni alguna de las otras lo hayan hablado con los hijos, ni con las amistades de ellas ni de los hijos. A la cuestión de los telegramas y los cheques se la callaron, tal como se callaron muchas cosas las madres. ¿O fue que adivinaban todo desde el comienzo...?

Al comienzo fue el tren del 5 de diciembre, el primer caso que se conoció, aunque todo bien pudo haber comenzado antes. Después, durante aquel verano, los trenes de la noche del miércoles, que llegan siempre entre las cinco y media y las seis menos cuarto de la mañana de los jueves, siguieron dejando soldados de vuelta y muchas madres de soldados, que sabían que a los hijos los iban licenciando, se ponían desde temprano en los andenes a esperar y esperaban, y después, cuando el tren seguía viaje trepando despacito la cuesta de la sierra baja, quedaban en el andén un montón de mujeres llorando alrededor de unos pocos soldados muertos de sueño. Todas llorando:

unas de emoción porque acababan de recibir al hijo; otras porque se habían puesto a esperar que de ese tren bajara el hijo que no le había llegado.

La guerra tiene esas cosas, y las madres, que son tan resignadas para traer hijos al mundo y para servir a los hijos de ellas y a los hijos de otras, no saben resignarse cuando les faltan los hijos y siguieron yendo al andén de la estación a esperar y esperar, muchas con los maridos, o con los otros hijos civiles o con nueras y nietos, y así los jueves desde temprano se producían montones de gente esperando la llegada del tren de la noche.

Aunque las últimas semanas, para marzo, o abril, cuando vino la época de las lluvias, muy pocas madres esperaban.

El último soldado llegó a fines de abril, solo. Fue Sergio Guebel, hijo de los judíos de la semillería. En la estación estaban nada más que la madre de él, unas vecinas, la chica que había sido la novia y Jiménez y Kentros, el cigarrero, que hablaban de la guerra con el padre de Sergio y contaron que el viejo fumaba un cigarrillo atrás del otro en el andén, empapado por la lluvia, esperando.

Parece que Sergio Guebel bajó desde el segundo vagón, besó a la madre que lloraba, llorando también él, no tanto por encontrarse con la familia sino por despedirse de los soldados que venían en el vagón con él, que habían hecho con él toda la guerra juntos y seguramente se bajarían en otros pueblos, en los últimos ramales de este ferrocarril.

A la madre de Guebel no le habían dado pésame ni cheque. En cambio le había llegado una carta del Comando con felicitaciones porque el hijo, decía la carta, había tenido una acción heroica contra unos tanques. Verlo después a Guebel, con su uniforme holgado y viejo, los borceguíes

deslucidos, sin medallas y sin siquiera una jineta de cabo o de sargento, hacía pensar que el telegrama decía eso como pudo haber dicho cualquier otra cosa.

—Con todo lo que pasó, ¿quién va a ser tan boludo como para creer lo que digan los telegramas...? —pregunta Emilio Renzi, que justo había ganado el Teleloto y salía de depositar el cheque en el correo cuando se lo cruzó a Guebel.

Eran los días en que el pobre Sergio andaba como un pavote por el centro, con disfraz de soldado porque el viejo todavía no le había comprado la ropa nueva ni lo había puesto a trabajar en la camioneta, donde todavía hoy se lo ve cargando bidones con herbicida, y bolsas de semillas y de comida balanceada para chanchos.

—Con la bronca del cheque y de todo lo que me descontaron y de los tres días que tenía que esperar para que me lo cambiaran ni me acordaba de la guerra. Salgo del correo, enfilo para la Municipalidad y lo veo ahí, parado como un muñeco... ¡Casi me caigo de orto...!

Siempre cuenta lo mismo el Renzi, que salió del correo, casi se cae de culo, y que aunque le hubieran hecho la cara de nuevo y cambiado la voz, igual lo hubiera reconocido al ruso por los chistes boludos: afortunado en el juego, desafortunado en el amor, dice que le dijo Guebel como jactándose de estar al tanto de todos los chismes del pueblo.

La guerra es una cosa llena de errores. Por ejemplo: en la batalla del 22 de agosto, artillería necesitaba bombardear una fábrica Dupont clausurada donde los enemigos almacenaban municiones y remedios y bombardearon otra fábrica, la Dinam, porque en el plano viejo de la

ciudad que estaban tratando de ocupar figuraban equivocados los nombres de las fábricas. Quién sabe cuántos que estaban trabajando en la fábrica habrán muerto por el error de un dibujante que copió mal la guía de la Capital. ¡Cientos, o miles de personas inútilmente muertas por un error del plano...! El cañoneo de la fábrica Dinam es un ejemplo: tanta destreza de los artilleros y tanto estudio para volver escombros una fábrica equivocada.

Pero la gente se acostumbra, se amolda. Lo mismo en las ciudades grandes, como en los pueblos chicos y en los pueblos medianos como este, se amolda. Cayetano Sain, que hizo una fortuna como revendedor de flores de las quintas, lo explica así:

—Yo estaba tratando de dejar de tomar. Tomaba todo lo que quería en las comidas —tomaba vino—, pero no probaba un vermouth ni una gota de alcohol fuera de las comidas. Un sábado fui a la confitería, a la parte de atrás, y me senté en la mesa de Jesús Noble, otro de los soldados vueltos. Ya había pasado mucho tiempo de la época de las llegadas del tren de la noche, pero a Noble no lo había vuelto a ver. Lo saludé como si nada. Él estaba amistoso conmigo, pero también me saludó como si no hubiésemos pasado más que una semana sin vernos. Quién sabe fue casualidad, quién sabe él, de tanto ver gente en la confitería, pensó que me había vuelto a ver también a mí. Tomaba vino blanco, yo me prendí. A la segunda vuelta ya estábamos contando cuentos y hablando de pavadas. Creo que tomé como diez vasos de vino, que no me hicieron nada. Él tomaba a la par, igual que yo. Estaba medio borracho, le costaba levantarse de la mesa y cuando hablaba medio se le trababa la lengua. Pero para mí fue como sentarme con

cualquier otro, como si hubiera estado mi capataz Rogelio en vez de él en la mesa. Se hace una cosa natural...

Porque las costumbres pueden más que cualquier otra cosa. Según Pugliese, el martillero, las costumbres siempre acaban ganando. Cuenta que un día estaba con su socio viendo una chacra y que Avelino, el socio, quería ir a visitar a un cliente, pero él tenía que volver a la ciudad, entonces le dejó el auto porque Quirós, otro de los soldados vueltos, le ofreció arrimarlo con su camión, un Scania.

Dice Pugliese que se sentó en el Scania y que no se hubiera acordado de nada si no fuese porque notó que en el parabrisas, colgada de la visera que en el camión se usa para tapar el sol, había una medallita de la guerra, esas de níquel con Cristo Vencedor y la cara del General grabada. Dice que se acordó, y que por un momento hasta sintió impresión:

—Acuérdense —dice— que yo era de la comisión del templo, así que estuve en todas las misas, contando la de él, la de Quirós.

Pero Pugliese se entretuvo tanto hablando con Quirós sobre radios y cosas de radioaficionados que se olvidó de todo enseguida y era como si el que manejaba el Scania fuese su propio socio, Avelino, y no un soldado vuelto.

—Y ojo, que yo ya sabía, por la comisión de la parroquia, de lo que había pasado en los otros pueblos... —aclara Pugliese.

Aunque uno sepa todo, lo que más pesa es lo que hacen los otros: lo que los otros le colocan frente a los ojos es la verdad y lo demás no cuenta. Hasta Torraga, que no quería que su hija se casara con Horacio, un soldado vuelto con el que había ennoviado de chica, lo reconoce:

—No es que pensara que mi chica no lo quería, o que el muchacho fuera malo. Pero cuando Horacio, que venía siempre a casa, me pidió de casarse con ella, le dije que lo necesitábamos pensar, porque yo ya había visto que la hija de Orlando se había casado con uno de los vueltos hacía tres años y no había tenido hijos. Y la partera, la viuda del doctor Álvarez, que después se casó con ese otro soldado vuelto, Márquez, hacía dos años que quería encargar y no quedaba, y eso que era partera. Era por ese miedo, no por desprecio del muchacho, por lo que le pedí que lo tenía que pensar. Pero hoy en día nadie puede oponerse a que los jóvenes se casen, y si el padre se opone, es peor, se encaman en los moteles de la ruta y los sábados cuando pasa por ahí los ve llenos de gente joven que va en los autos de los padres y uno mira la fila de coches estacionados y ya sabe quiénes están ahí revolcándose como perros alzados...

Así son las costumbres y la gente se amolda, y más que lo que cada uno puede saber importa lo que los demás le muestran. Ahora se acepta que los jóvenes saquen el auto de los padres y se vayan con las chicas del pueblo al motel de la ruta, a medianoche, los viernes y los sábados, y los mismos que cuando estaban de novios con la que ahora es su mujer ni se les hubiera cruzado la idea de hacer esas cosas dejando el auto a la vista de todos, frente a la ruta, ahora permiten que las hijas vayan al motel como si fueran a una kermesse. Y uno como Pugliese, que estuvo en la misa que le hicieron a Quirós, puede tranquilamente irse a cazar liebres con Quirós y hasta Avelino sabe perderse las noches jugando al póker con Diego Uriarte, que no se casó y se volvió un timbero empedernido que deja en las mesas

de monte todo lo que durante el día se gana atrás del mos-trador, en el buffet del mismo club.

Tampoco ellos han hecho nada para llamar la atención. Nadie habla de que hayan disimulado, pero tampoco se ha visto que naciera de ellos algo que llame la atención de la gente, como si ellos mismos hubiesen sabido –tal vez sabían– que con el tiempo todo el pueblo daría por natural tenerlos con ellos, a fuerza de amoldarse.

Alguna vez se los ve juntos, de a dos, de a tres, por esas casualidades que suceden. Marina Echagüe una vez fue a la carrera de autos para llevar a los alumnos y vio que en la curva, donde la mayoría de los muchachos jóvenes quiere ponerse para ver cómo los autos preparados entran a toda máquina, clavan los frenos, rebajan a segunda y salen derrapando, estaba Federico Ortiz, que cerca suyo estaba Diego Uriarte con una barra de hombres del club social, y a un paso de allí vio a Juan Molina, que también es uno de ellos. Tal vez fuera casualidad, pero dice Marina que cuando la gente se adelantó para sacar el coche de Rubolino que se había ido contra los alambrados, los tres –Diego, Juan y Rubolino– quedaron juntos hablando entre ellos y que, aunque había pasado tanto tiempo, eso daba impresión.

Hay veces –fiestas de bautismos, inauguraciones de negocios, casamientos– en las que en un lugar cerrado se encuentran dos o más de ellos, y entonces no ha de faltar quien los mire hablar y divertirse entre ellos y vuelva a pensar. Mucho se pensó cuando se supo que esto no había pasado en otros pueblos. La noticia llegó por gente de la parroquia, que fue a una asamblea en Coronel Insúa, habló el tema y los de Insúa se asombraron, y entonces

se pusieron a averiguar y todos terminaron sabiendo que nada más a este pueblo habían vuelto todos los soldados. En esos días dio curiosidad de mirar qué hacían ellos, si cabildeaban juntos, o comentaban entre ellos algo, pero nadie les notó nada diferente. Una vez más –se ve– confiaron en que con el tiempo también el hecho de que esto nada más ocurriera en el pueblo se lo iban a olvidar.

Y tuvieron razón, porque con los años todo se olvidó. En un tiempo en el que muchas parejas se ponen a edificar casas, a hacer viajes afuera y pasan la noche en fiestas para copiarse las costumbres y hacerse ver la ropa y mirarles a los otros la ropa o las cosas nuevas que siempre estrenan, las parejas sin hijos son cada vez más comunes y no es raro que ellos, que no son más que una parte de tantas parejas sin hijos que se la pasan mostrándose la ropa, tampoco tengan hijos. Total, chicos siempre siguen naciendo.

Los que nacieron el verano cuando la vuelta de soldados comenzó deben andar ahora por los diez años de edad y seguro que no saben nada de ellos. Para estos chicos, todo lo de la guerra es un cuento de viejos y cuando hablan con uno de ellos, cuando por caso, los sobrinos de Ortiz o de Vigliani se quedan con el tío, juegan como si estuvieran con cualquier otro y los tíos los alzan en brazos, o los llevan al circo o al cine cuando hay películas permitidas como cualquier tío del pueblo se ocupa de los sobrinos chicos. Así, estas criaturas crecen sin saber nada, iguales que los grandes, que saben, pero que andan por ahí sin darse por enterados de lo que estuvo pasando todos estos años.

Por eso nadie los va a enterar, y los chicos van a crecer, van a vivir, van a hacer otros hijos y se van a morir

sin saber estas cosas, aunque muchos se las escriban y las guarden para ver si pasados los años a alguien le puede interesar. Morizzi es profesor en el colegio: llegó como suplente por unos meses, se entusiasmó y se quedó en el pueblo. Tiene diploma de filosofía, le gustan las letras y se pasa los días libres y las vacaciones juntando escritos de la gente y armando los concursos de la Secretaría de Cultura del municipio. Él puede confirmar esta impresión de que los chicos de ahora nunca van a saber lo que pasó.

—Es —dijo una noche en el bar— como con los peces: podrán saber de todo, pero lo último de lo que un pez se entera es de que vive en el agua...

—Hasta que alguien lo pesca... —razonó el turco.

—Claro —contestó él—, pero entonces ya es un pescado, y poco le va a servir saber que se pasó la vida en el agua...

Cuando no hay viento, en las noches sin viento de verano, y también en invierno, antes de las tormentas, desde cualquier lugar de la ciudad se puede oír el paso de los trenes. A las doce pasa el Norteño, iluminado, porque siempre va llevando turistas de lujo que justo en el momento de cruzar por el pueblo están de sobremesa en el gran coche comedor. A la una y media pasa el Rápido, un tren de carga que viene vacío y que a pesar del nombre llega despacito para enganchar sin riesgo el cambio de las vías. A las cuatro está el Mixto, que sale a las seis de la tarde desde la Capital, con vagones de carga y otros de pasajeros. Ese no para en el pueblo, pero el guarda saluda hamacando el farol verde y colorado cuando cruzan por la casilla del señalero que le hace los cambios. Todo el pueblo conoce y sabe oír esos trenes y a veces da el temor, al despertar

sobresaltado a medianoche, que un tren que llega de repente no sea el Norteño, ni el Mixto ni el Carguero de las cuatro, y pueda ser un Tren Nuevo, viniendo en dirección contraria que se pare en el pueblo dando una larga pitada triste y vaya arrancando despacito, en dirección hacia la Capital, y se los lleve a todos, otra vez, para siempre.



Este cuento se publicó en *Cuentos completos*.

Si te gustó...

La piel intrusa, cuentos de Yanina Rosenberg; *Ficciones*, cuentos de Jorge Luis Borges; *Cometierra*, novela de Dolores Reyes; *El resplandor*, novela de Stephen King; *El pulpo negro*, serie dirigida por Martha Reguera; *Los otros*, película dirigida por Alejandro Amenábar.

“¿Existen preferencias por algunas obras, cuentos o relatos?”

Siempre las hay: un relato ‘Ágata’, por ejemplo, sobre una niña amnésica que podría recordar pero prefiere que no”.

Entrevista de Laura Rosso
a Patricia Suárez.

Patricia Suárez

Rosario, 1969

Escritora y dramaturga argentina. En 2003 ganó el Premio Clarín de Novela por *Perdida en el momento*. Desde 1997 coordina talleres de narrativa, literatura infantil y dramaturgia en instituciones educativas y centros culturales. Sus relatos figuran en numerosas antologías nacionales e internacionales. En los últimos años se han puesto en escena varias de sus obras de teatro.

Ágata

*... yo vivía allí tan exitosamente disfrazado
ante mí mismo de niño.*

James Agee

CUANDO ELLA BAJÓ DE LA CAMIONETA Y LOS VIO A todos temblorosos como una hilera de álamos mecida por el viento, de pronto casi supo por qué los había olvidado. El hombre flaco que conducía y decía ser *papá* le abrió la puerta y la ayudó a bajar. Hizo una seña a los demás, que ella no pudo ver porque el hombre estaba detrás de ella. Todos parecieron tranquilizarse al ver la seña. La primera en acercársele fue la mujer obesa; tenía el cuerpo como una pava, y él la abrazó llorando y la besó en la boca y la palpó como si quisiera reconocer la consistencia de su carne: cuánto y en qué partes había adelgazado. Le caían las lágrimas sin que pudiera impedirlo, a la vez que murmuraba con voz pastosa y desesperada: *Mi chiquita, mi chiquita; olía a pan, a blanco de puerros recién cortados.* Ella no supo qué hacer, respondió al abrazo

como hubiera respondido a una esquila en que la invitaban a un casamiento a realizarse en un lugar demasiado lejano. Después, la mujer gorda, que era *mamá*, se separó un momento de ella y vino lo que pareció una tromba marina levantando peces del lecho: dos muchachas, una que aparentaba ser mayor que ella y la otra, que apenas le llegaba a la otra al hombro, era sin duda la menor; eran *la hermana mayor* y *la hermana menor*. La mayor la miró a los ojos profunda y doloridamente; la menor, en cambio, fue reticente con ella: la desesperación de la madre acababa de probar que la recién venida era la *hija* preferida. Después se reunió alrededor de ella el grupo de ancianos y personas mayores que la abrazaban y la besaban, a veces llorando o riendo entre los lloros, y aunque ella hizo el esfuerzo de encajar el nombre de cada uno con su rostro, según cómo la había adoctrinado el hombre que era *papá*, se le volvió imposible. Confundió al que decía ser *tío Jorge* con el *vecino de al lado*, el agrimensor. Nadie parecía entender que ella no los recordaba; nadie se había tomado el trabajo de advertirlos.

La madre la llevó hasta su cuarto, una habitación pintada de rosa pálido, con una cama cucheta contra una pared, un *boudoir* y un espejo de medio cuerpo para contemplarse contra la pared oeste. Había una muñeca de trapo sobre cada cama; estas muñecas tenían el tamaño de una chica de seis años. *Mamá* le explicó que ella dormía anteriormente allí con Nerea, *la hermana menor*, pero que por esos días Nerea había mudado sus cosas al dormitorio de la otra *hermana*, *la mayor*, Sofía, porque supusieron que ella querría estar sola. ¿Quería ella o no estar sola? Porque si prefería,

_____ **Boudoir**
Mueble con
espejo para
arreglarse.

la madre misma podía quedarse a pasar las noches con ella hasta que se acostumbrara a su antigua casa. Ella murmuró que no hacía falta, que estaría bien. Junto a la mesa de luz había una fotografía suya en un portarretratos, de unos pocos años atrás: cabalgaba un rosillo y sonreía. *Mamá* notó la intensidad con que ella miraba la fotografía, y le acarició el cabello, le dijo que todo iba a andar bien, que fuera lo que fuera que sintiera por dentro de ella con respecto a los demás se iba a arreglar, que no tuviera miedo, recalcó, que ella no debía tener miedo nunca. Ella asintió y entonces *mamá* preguntó cómo la llamaban allá y ella respondió Ágata. *Mamá* le recordó que ella en realidad se llamaba *Emma*. Le preguntó qué sentía al saber que se llamaba *Emma*, si no le venía algún vago recuerdo, alguna imagen. Ella negó. ¿Cómo, preguntó entonces *mamá*, te llamaron Ágata cuando llevabas un dije colgado al cuello con la letra E?. Ella le dijo que no podía entenderlo tampoco: cuando llegó al pueblo, la gente le preguntó cómo se llamaba y ella dijo que no lo sabía, y un tiempo después decidieron llamarla Ágata –porque a una Ágata famosa le pasó lo que a mí, explicó– y que a ella le gustaba la sonoridad de ese nombre propio. ¿Te gustaría que te llamáramos Ágata sabiendo que tu nombre es *Emma*?, la consultó *mamá*. Ella temió responder y defraudar a esa mujer gorda que era tan cariñosa y atenta con ella, de manera que susurró, apenas audible: Ágata suena bonito. Nunca supo si la mujer obesa que era *mamá* la había escuchado.

Usó la cama de abajo porque era la que al parecer tenía el colchón más suave y los muelles más silenciosos, y como no podía conciliar el sueño, trató de contar ovejas: contaba hasta cuarenta o cincuenta imaginándolas tal

como las había visto en el sur y luego perdía la cuenta, pero no caía dormida en lo más mínimo. A la medianoche o poco más tarde, *la hermana menor* –la que se llamaba Nerea, aunque quizá fuera Sofía, porque a ella aún se le confundían en la cabeza sus nombres– entró en la habitación y sacó algo de un cajón, unas medias blancas o tal vez fuera un pañuelo; ella cerró los ojos apretándolos muy fuerte, haciendo de cuenta que estaba dormida. *La hermana menor*, la de ojitos duros de ratón, se acercó y puso su rostro muy cerca del de ella, tanto que se podía olerlo (olía a unas frutas difíciles de determinar, algo semejante al durazno o mezclado con el durazno), en voz muy baja, le preguntó: *Emma*, ¿estás fingiendo? ¿Estás fingiendo? No tenés que fingir cuando estás conmigo. *Emma. Emma.* Ella abrió los ojos y se quedó mirándola sin comprender del todo el significado de sus palabras, y esta falta de comprensión puso en su mirada un aire helado, tanto que *la hermana pequeña* se marchó, desairada. *Mamá* oyó los pasos de la hija andando de una habitación a la otra, se disgustó porque temía que algo funcionara mal y ella no lo hubiera previsto, y dijo: ¿Quién anda ahí?, y *la hermana menor* tuvo que contener la rabia y hubo de envalentarse para contestarle: No es nada, *mamá*, soy yo. Me olvidé los soquetes. Bueno, dijo *mamá*, no hagas más ruido. Pero *mamá* ya había perdido el sueño para ese entonces, y ella la oía debatirse en la cama por los ruidos que hacían los muelles. Se puso a conversar con el hombre flaco, de vientre hundido, que decía ser *papá*; hablaban en susurros, como si rezaran. A ella le llegaban ráfagas de susurros ininteligibles y de cuando en cuando alguna que otra palabra. *Mamá* preguntó a *papá*: ¿Creés que la persona

con la que estaba la habrá...? y él respondió: No sé; era un hombre muy viejo, no creo que se haya atrevido. La mujer obesa ahogó un sollozo: ¿Y cómo vamos a saber? ¿Nos odia? ¿Volverá a ser la misma de antes? ¿Volverá...? La mujer se sonó la nariz con gran ímpetu, y el sonido le hizo un poco de gracia a ella, tendida en su cama y desvelada también; un momento después *mamá* resoplaba: ¡Ay, ya estoy sangrando! y *papá* la regañó: No tenés cuidado al sonarte. Prendieron una luz y luego la apagaron, y ella sintió que le llegaba ahora su querida oscuridad al fin y le dio la bienvenida. En el escenario de su sueño, el viejo pasaba en puntas de pie: una sombra sigilosa.

Habían sido siete horas las que viajó en un camión hasta que se quedó dormida y es de suponer que el camión avanzó muchos kilómetros más por la ruta, siempre hacia el sur, durante su sueño. El camionero la bajó de un golpe a kilómetro o kilómetro y medio de un pueblo, había un cartel verde a la entrada con la leyenda SACRAMENTO. Era mediodía, y decidió quedarse por simpatía con el clima seco o porque estaba desolada y su cuerpo no daba para seguir más adelante, tenía ampollas en los pies y le parecía que una o dos costillas estaban quebradas, las flotantes probablemente. Nada estaba en su sitio, según pudo comprobarlo, ni la sombra, ni la luz, ni siquiera los gorriones chillones, y toda ella se impacientaba. Se quedó a un costado de un caminito, bajo un sauce, desde donde veía la plaza principal del pueblo, una capilla y la estafeta de correos. De cuando en cuando pasaba un alma y se detenía a mirarla, porque no la conocían y no salían de su sorpresa al verla en ese estado, con el cuerpo magullado y la ropa rota. Al cabo de un rato, un grupo de seis o siete

personas se reunió junto a ella, y la interrogaron, qué le había pasado, por qué estaba así, si necesitaba algo, cómo se llamaba. Y ella respondió que no sabía nada de sí misma y no pudo explicar si es que nunca había sabido y esta ignorancia recién ahora se le revelaba o si este no saber consistía, precisamente, en ser una persona. La llevaron a casa de una solterona, a menos de media cuadra, le dieron de comer y la hicieron tomar un baño; le procuraron ropas limpias aunque con olor a naftalina porque eran de la solterona cuando joven y aún conservaba sus esperanzas. Discutieron si debían o no dar parte a la policía y ella suplicó que no, como si fuera una rea de la Justicia o como si hubiera cometido una falta que esperaba expiar en ese inhóspito paraje. La solterona se apiadó de ella y decidió que era una joven díscola, que deseaba cambiar sus maneras o su conducta –y para cambiar es primordial cambiar de aire–, que había huido de su hogar, tal vez enfrentada con los suyos, pero que se notaba a la distancia que era una buena persona. Era una joven robusta y los podría ayudar en las tareas de la casa o del campo; era tan alta y crecida que estimaron que tendría unos dieciocho años: a nadie se le pasó por la cabeza que podía ser una menor, y menos aún, que tenía tan solo catorce años. Fue la solterona quien, animada por las luengas lecturas de novelas de suspenso, tuvo la ocurrencia de llamarla Ágata, porque algo por el estilo le había pasado a una Ágata famosa de las letras, y todos aprobaron la musicalidad del nombre y ella también: le gustaba tener un nombre ahora que había dejado atrás todo lo suyo. Vivió cuatro días con sus noches con la solterona, en un cuarto que la mujer había

preparado en sus años mozos para los bebés que el destino le deparara; había cortinas con visillos de encaje y polvo, sobre todo polvo, en el aire. La solterona la hizo coser vestidos y overoles para la gente del pueblo (había unas míseras minas de cobre más al oeste y los mineros siempre andaban necesitados de vestimenta), pero ella no era hábil con las manos, de manera que la mujer se irritaba con gran facilidad cuando comprobaba su torpeza, platos rotos en el intento de lavarlos, y las medias de muselina zurcidas con las puntadas con las que se cosería un matambre. Evitó cuidadosamente enojarse con ella, y le preguntó entonces qué cosas le gustaría hacer para ganarse la vida; no había en Sacramento tiendas donde pudieran emplearla, a lo más podían enviarla a la falda de la sierra, donde podía serle útil al viejo Cósimo, su cuñado. Criaba ovejas y ahora estaba muy ocupado porque era el tiempo de las pariciones; tal vez podía darle una mano. Ella aceptó y al día siguiente, apenas despuntó el sol, la solterona la mandó montaña arriba a lo de su cuñado.

En la mañana, *mamá* le llevó un florero con fresias al cuarto donde ella descansaba, para alegrarlo con sus colores, y descorrió de un solo impulso las cortinas para que entrara el sol, porque, dijo *mamá*, donde entra el sol no entra el médico. Estaba cantando o tarareando una tonada, una canción sobre corceles y cascabeles que ella desconocía por completo. Le acercó las flores a la nariz y ella comprobó que solamente las fresias amarillas tenían perfume; las blancas, las rosadas y las liláceas no lo tenían, ya fuera porque se resistían o porque no ponían empeño en dar algo de sí mismas. Momentos después, *mamá*

le trajo el desayuno a la cama: café y mermelada de naranja –*mamá* dijo que la naranja era su fruta preferida, pero ella tampoco podía recordar esto– para untarla sobre gruesas rebanadas de pan de campo. Le explicó que ella no debía preocuparse por nada, ni por asistir a la escuela ni por nada, que podía estar en la cama todo el tiempo que quisiera hasta que se sintiera restablecida porque *mamá* la veía muy española, expresó; ella no supo en ese preciso instante qué significaba la expresión “muy española”, pero infirió que era un modo de *mamá* para decir “enferma”. Ella temió ofenderla aclarándole que ni estaba enferma ni tenía deseos de quedarse quieta, y se calló por respeto a esa mujer obesa que decía ser *mamá* y en menos de veinticuatro horas, desde que la viera llegar, se había puesto juvenil y cantarina como una quinceañera. Ella permaneció en la cama hasta las once de la mañana, aburrida, con el aire que tiene un transatlántico anclado en el puerto y que espera la visa del país para partir. Vio a sus *hermanas* pasar cargando dos canastos enormes en los que iban metiendo la ropa negra de la que, al parecer, querían deshacerse: habían guardado luto por ella, dedujo, y ella no supo si debía sentirse o no honrada. *Mamá* volvió como a las once y cuarto, se sentó en la cama junto a ella, y le acarició la frente con una mano áspera, de gente que trabaja muy duro. Traía un álbum de fotografías, que le dejó para que ella contemplara, y segundos después se retiraba con pasos breves, pícara, sigilosamente: tenía un aspecto tal de duende que acaba de cometer una travesura que a ella le suscitó una oleada de algo no exactamente igual pero semejante al cariño. El álbum olía a

cebollas crudas y a rábanos y estaba forrado con felpilla y a uno no se le iban las ganas de pasar la mano por encima de las tapas a cada ratito. Ella lo abrió y contempló con prisa las fotografías en blanco y negro: las primeras no despertaron su interés (*mamá* de trajecito inglés y capelina blanca y *papá* con traje brillante, casándose delante de un cura; ella y las *hermanas* de bebés en la pila bautismal), y solamente se detuvo en las últimas, que eran ya fotografías en color: ella y sus *hermanas*. De *la menor*, no podía prácticamente decir nada, era evidente que había salido a la madre: gorda, con la cara redonda como una luna, la nariz chata, los ojos oscuros; pero *la mayor* se parecía a ella a un punto tal que cuando estaban una al lado de la otra en una fotografía era imposible identificar cuál era cuál: flacas, con piernas de cigüeña, el cabello ensortijado, y un corte de cara especial, hexagonal, que parecía, según ella veía en el álbum, una marca de familia por la parte del padre. Había tenido poca oportunidad de observar atentamente a *la hermana mayor* y sin embargo desde el primer momento recibió el impacto del parecido. Había una mujer más con este extraño rostro hexagonal y pelo ensortijado, que aparecía en las primeras fotografías, las de blanco y negro, sosteniendo a *la hermana menor* en una iglesia, probablemente era su madrina; debajo decía: Tía Marta con Nerea, 1977. Estaba segura de que si hurgaba en más imágenes del pasado familiar, acabaría por encontrar más parecidos físicos entre *los parientes* y ella. Ella pertenecía a esta familia, ya no cabía duda; no sintió alegría ni tristeza de saber que este era su lugar en el mundo, junto a esta gente por la que no sentía ningún

tipo de aprecio, más bien la embargó en ese momento una especie de timidez, y la creencia de que ella en realidad los estaba estorbando.

Cenaron muy tarde, *papá* sentado a la cabecera de la mesa, y las mujeres a los lados. Había una señora mayor — que había cocinado amarillitos fritos y ahora los servía, y tenía especial atención cuando se acercaba a ella porque, decía, había sido su *nana* y no podría quererla más si ella hubiera sido una hija propia. Ella miró inquisitivamente a su *hermana mayor* y eran lo que vulgarmente se llama “dos gotas de agua”; se preguntó entonces si no habrían sido gemelas, y si ella no sería una gemela extraviada, pero todos decían que hacía cinco meses que faltaba de casa, cinco meses, no toda una vida. Casi no conversaban ni con ella ni siquiera entre ellos mismos y ella no supo dirimir si se debía a que su presencia los inhibía o si era que ellos eran más bien de carácter seco. *Papá* comunicó que en cuanto ella se adaptara harían una especie de fiesta, él asaría un lechón e invitarían a los *tíos* y los *primos*, a toda la *parentela*, e incluso a gente del pueblo. El padre pensó que ese era el mejor modo de celebrar que ya hubiera pasado lo peor: la pérdida de Emma para empezar, las peleas continuas con su mujer a causa de Emma, precisamente, la reticencia de sus otras hijas. Se reprochaba a sí mismo no tener más hijos, no haber convencido a su mujer de traer al mundo a otros dos críos más: tal vez alguno le hubiera salido hombrecito. Él mismo pertenecía a una casa en que abundaban las mujeres y su madre había enviudado pronto — cuando era un chico, los compañeros de la escuela se burlaban de él por afeminado— de manera que él venía

Amarillitos

Plátanos.

sabiendo que las mujeres eran peores que las mulas o las cabras y no debería haberse asombrado de nada. ¿Por qué se había ido la chiquita? ¿Qué había pasado? Su mujer lo culpó a él, porque él nunca estaba en la casa y las chicas necesitaban un padre y no una figurita en la lontananza montado en un zaino y que hiciera las veces de padre. Tal vez él hubiera debido pegarle a su mujer de cuando en cuando, casi como una práctica, como una purga; había hombres que lo hacían pero a él le temblaba la mano de solo pensarlo; su mujer, aun cuando le era odiosa, seguía teniendo la misma mirada de venado de su juventud, y a la hora del reproche, cuando él se sulfuraba, ella revoleaba los ojos y parecían los de un animal a punto de ser sacrificado; nunca hubiera podido levantarle la mano. El escándalo solía ser porque su mujer pretendía de él que anduviera entre ellas como un león furioso y se la pasara a los escopetazos ahuyentándoles a la hija mayor y a la del medio los mocositos que las rondaban, con quienes andaban ya en amores. Y él prefería el caballo a hacer el ogro, porque de una mujer se puede prescindir, más todavía cuando se llega a cierta altura de la vida, pero del caballo, ¿cómo? Había tratado de inculcarles a las hijas el amor por los caballos y les había enseñado a montar y a saltar vallas cuando eran niñas, pero en cuanto se hicieron señoritas, la madre las apartó de él porque temía que perdieran el virgo cabalgando. Solamente la más chica iba con él de cuando en cuando, mas había entre ellos una suerte de abra que ninguno de los dos podía atravesar para comunicarse con el otro. A pesar de los silencios, sin duda su hija menor era la luz de sus ojos; ahora tenía once

Abra
*Camino
abierto entre
la maleza.*

años y era muy niña todavía, pero él nunca iba a permitir que su mujer se la arrebatara como había hecho con las otras; a esta él la iba a defender hasta la muerte.

La *hermana mayor*, cuyo nombre era Sofía y ella trataba de no olvidar (un par de veces la había llamado María por error), la invitó a dar un paseo hasta el bosquecito. *Mamá* no vio con buenos ojos la idea del paseo y se ofreció a acompañarlas, pero *papá* la contuvo sujetándola del brazo, asegurándole que *la hermana mayor*, Sofía, sabía cuidarse sola y cuidaría de ella, *Emma*. (Ella no quería llamarse *Emma* pero no podía impedirlo). *Mamá* se opuso terminantemente, las dejaba ir únicamente hasta el senderito ahí afuera de la casa y ni un paso más allá; *papá* no agregó una palabra más ni la contradijo. Afuera había una luna larga, que parecía un recorte de uña, y Sofía la llevaba del brazo, hacia la zona luminosa del senderito bajo el claro de luna y oían a los grillos machacar su cri-cri como si no hubiera otra cosa mejor para hacer en todo el mundo. De pronto a ella empezaron a dolerle los grillos tal como decía el viejo que le dolían las coyunturas de los huesos en los días de humedad: ella se imaginó que era la misma clase de dolor. *La hermana mayor* parloteaba sobre muchachos y sobre un baile al que pensaba ir ahora que ella había vuelto y no había que estar escondiéndose más de la gente ni haciendo buena letra para evitar las habladurías del pueblo: *mamá* le había prometido pedir a la *abuela Rosita* su vestido de seda blanca para reformarlo, aunque, preguntó: ¿Cómo le sentaría en verdad el blanco teniendo las *caderas* como las tenía? Ella la miró sin comprender del todo la pregunta; ¿qué era exactamente la palabra “caderas”? ¿Estaba la *abuela Rosita* el día que ella llegó? ¿Cuál era? En el pecho de

la *hermana* brillaba un dije de oro con la letra “S”. Algo de esta incomprensión se traslució en su rostro porque la *hermana mayor* se mordió arrepentida los labios hasta dejarlos pálidos, y cuando los soltó había quedado sobre el labio inferior la marca de sus dientes. Había visto a su hermana Emma exactamente cinco meses atrás saltar de la ventana de su cuarto mientras Nerea dormía, y la había visto correr por ese mismo senderito de piedras, descorrer la tranca y salir corriendo, y ella no la había delatado por dos razones específicas: primero porque pensaba que su hermana iba a encontrarse con Lucio, el chico que le gustaba y que vivía con los Álvarez al otro lado de la vía; y segundo porque ella misma había hecho muchas veces un recorrido similar para encontrarse con uno u otro chico en el bosquecito, carrera que había contribuido no poco a acrecentar su mala fama. Sin embargo, cuando transcurrieron los días y su hermana no volvía, Sofía hubo de denunciar lo que había visto y el chico con el que supuestamente se había encontrado Emma fue objeto de arduos interrogatorios por parte de la familia y de la policía. La madre había culpado a Sofía por la fuga de Emma: ella, dijo, le había enseñado a andar en malos pasos. ¿De Lucio sí te acordás?, preguntó su *hermana mayor* y ella puso una cara que parecía de mosquita muerta y negó con la cabeza. La hermana, ofuscada y alimentando su paciencia, refunfuñó: ¿No tenés curiosidad por saber quién sos vos misma?

Ella, ebria de amargura, respondió: No.

El viejo estaba en el centro del rebaño cuando ella llegó, y le pareció el rey de los zopilotes andando a grandes zancadas por su reino. Era un total de veinte ovejas aproximadamente y unos cuantos carneros,

Zopilote
Ave similar
al buitre.

y se oía el cencerro de la madrina sonando como si estuviera llamando a misa. Había un perro flaco y canelo, el pastor, en cuyos rasgos se evidenciaba el lobo como un antiguo ancestro. Ella se presentó y dijo: Me llamo Ágata; no le contó todo el asunto de que había perdido la memoria porque hubiera resultado un engorro, y se inventó un apellido, Pérez, ya que ¿qué otro apellido es más común que Pérez en español?; también le dijo que la mandaba la solterona, que pensaba que ella podría resultarle útil allá arriba. El viejo asintió dos veces con la cabeza como si no se lo creyera del todo o como si se le hubiese aparecido un ángel y a ella le dio la impresión de que el mentón podía quedársele pegado en el pecho a fuerza de asentir. La hizo pasar a la casa, que era toda de madera y tenía dos habitaciones, la cocina y la pieza del viejo: la letrina estaba fuera y para ir allí en invierno había que emponcharse y andar muy rápido, por eso el viejo recomendaba no beber nada después de las cinco de la tarde, para no tener urgencias durante la noche. El viejo buscó con los ojos un rincón donde poder acomodarla; armaría una cama a un costado de la cocina, muy cerca de la mesa de roble patinada por el tiempo, y de una especie de *resoir* que hacía las veces de altarcito, donde el viejo ponía cada día una vela a la difunta esposa muerta casi cincuenta años atrás, Alma. Para hacer espacio quitó a una oveja enclenque que estaba acomodada cerca del fuego, la echó silbando chuz chuuu y la oveja salió, un poco cabizbaja, como un perro. Eran ovejas pampa que los ancestros del viejo, recién venidos de Gales, habían cruzado con las cara negra para que dieran mejor carne y no sufrieran los embates del clima ni su sequedad. El viejo quería a sus animales pero no era

cariñoso con ellos. No era cariñoso casi con nadie, según pudo comprobar ella; desde que había quedado viudo solo se había acercado a una mujer, su cuñada, la que ella llamaba la solterona aunque tenía un nombre también, y era Lía; acercamiento que no resultó y luego el viejo se encogió como lana en agua hirviendo y ya no quiso saber nada de compañías. Venía un muchacho, día sí, día no, Irineo, corpulento y fuerte, con espaldas anchas como costales de harina y brazos cruzados de venas gruesas que parecían lombrices pálidas; llegaba montado en una mulita baya. A ella le gustaba ese muchacho pero él no le hablaba directamente y jamás la miraba a los ojos. Al comienzo, el viejo la puso a hacer las cosas de la casa, barrer y preparar una especie de guiso grasoso que ella apenas podía tragar. Poco a poco le dio tareas relacionadas con las ovejas, llevarlas a pacer cuando Irineo no estaba, cuidar de las hembras paridas o alimentar un cordero que la madre se negaba a amamantar dándole mamaderas de leche de vaca muy cocida, con bastante nata y un huevo batido dentro; cuando llegó la esquila, en la primavera, le enseñó a hacerlo; lo ideal era quitar la lana en unos tres minutos, pero ella tardaba más, era muy torpe con las manos. Una vez, estando con el rebaño en un montecito, vio a lo lejos un guanaco relinchando y con ganas de acercarse. Ella tuvo miedo y pensó en salir corriendo con los animales que pudieran seguirla, sin embargo las ovejas permanecieron muy plácidas, balanceando y contemplando el guanaco a la distancia como a un adorado dios pagano. En las noches, el viejo preparaba una especie de ponche con caña y frutos del bosque, que tomaban los dos, y la hacía leerle en voz alta la Biblia, siempre el mismo libro: un fragmento del Eclesiastés que los dos

escuchaban y disfrutaban, ella porque nunca había oído palabras semejantes antes (o no las recordaba). Él, extasiado, la miraba leer de una manera tal que ella no podía descifrar si había deseo o angustia en esa mirada. Los domingos, como el viejo era reacio a bajar al pueblo para ir a misa –aunque le daba a ella la libertad de hacerlo– asaba una pierna de cordero (de los corderos muertos en octubre, que eran los más sabrosos), cuidando que no se quemara ni se chamuscara y ella cortaba papas y cebollas y las cocinaba en una cacerola de hierro. Ella siempre disfrutaba de esa comida, aunque cuando pensaba en el animal que habían muerto, el bocado se le quedaba atragantado en la mitad de la garganta y no había sorbo de vino que pudiera bajárselo. El viejo se le reía en la cara; era él el matarife de sus propios animales y le había enseñado a ella como debía hacerse, pero ella no se atrevía. El viejo le dijo que no era necesario que aprendiera a hacerlo en ese momento; sin embargo, alguna vez iba a tener que aprender a matar corderos, hasta lo más doloroso debe uno aprender a hacer en la vida. Ella oraba para que no llegara ese momento. En noviembre, cuando los corderos buenos todavía no podían matarse porque no era la época, el viejo le cambiaba a Irineo alguna oveja o hasta un carnero por una pieza de ñandú que el muchacho cazaba, aunque el viejo no lo llamaba ñandú cuando comerciaba sino choique, como los indios. La ponía a ella a desplumarlo y después hacían la pechuga o la picanilla en guiso y el viejo asaba la rabadilla y se la comía con la premura de quien se atraca con golosinas. De cuando en cuando, Irineo les traía huevos de choique: con uno solo bastaba para hacer una tortilla babosa que a ella le daba arcadas pero que el viejo y el perro disfrutaban a

más no poder. Detrás del retrato de la difunta estaba pegada la receta de una torta negra típica de Gales (en la receta decía *Teissen ddu*) que no lleva leche, y ella la quiso preparar para sorprender al viejo. Estuvo más de una semana haciéndose traer por Irineo pasas de uva y almendras del pueblo; cuando la comenzó a batir le quedó una ponzoña oscura y sanguinolenta que no se levó y en el horno quedó aplastada como una hostia de misas negras. Con el tiempo, el viejo se dio cuenta de que ella no sabía nada de su pasado, que su memoria era velada por jaramillos y cuervos, y cierta vez le preguntó si no tenía interés en saber quién era y cómo había llegado hasta ahí; entonces, ella rompió a llorar como nunca lo había hecho hasta entonces y como nunca lo haría después y le pidió que no la echara, que a ella le gustaba estar ahí y que las ovejas eran para ella el mundo entero, que no le hacía falta nada más mientras tuviera a los animales y al viejo. Entonces el viejo la besó en los labios con sus labios secos y prietos, tal vez haya sido para confortarla. El hombre flaco y de vientre hundido que decía ser *papá* llegó unos meses después, ella estaba entablillando a un carnero que acaba de romperse la pata al despeñarse en la quebrada, y *papá* la abrazó como si ella estuviera muerta y con el abrazo fuera a revivir y ella se quedó fría y asustada y empezó a gritar: “¡Don Cósimo! ¡Don Cósimo!”. Pero *papá* tenía papeles y ella tenía catorce años y al parecer se llamaba *Emma Castellanos* y la sacó de ahí y se la llevó sin que ella pudiera opinar ni decir una sola palabra en favor suyo. Después *papá* le pegaría, pero a ella no le habían dolido los golpes y ahora eso no tenía ninguna importancia. En el largo y callado viaje de regreso, una sola

Teissen ddu
Torta negra
galesa.

Ponzoña
Veneno.

certeza la atormentaba: sin duda, ella jamás volvería a ver al viejo, y él, ¿qué recuerdo guardaría de ella? Y ella, ¿qué recuerdo iría a guardar de él?

_____ **Emparrado**
Armazón que sostiene la parra.

En la fiesta había guirnaldas amarillas y rojas de papel colgando del emparrado, había *felicidad*, y fue una gran comilona. *Papá* había asado un lechón con la ayuda de un peón, ella preguntó tímidamente a *papá* si él mismo había matado al cerdo, y él le contestó que no sabía degollar un animal y que nadie de su familia había sido nunca capaz de hacerlo porque se desmayaban a la vista de la sangre. Este conocimiento la dejó muy pensativa. No habían cerrado ni quitado los ojos al lechón, y parecía que los miraba penetrantemente como diciendo: Esto que veo me lo llevo para el otro mundo. Había muchos invitados; los más felices y los que más aplaudían eran los parientes cercanos, las dos *abuelitas*; otros murmuraban a su paso como aves agoreras que solo pudieran pronosticar el mal; estaba también el doctor que la atendía, que de cuando en cuando comía con las manos y se limpiaba los dedos grasientos en una servilleta que se había colgado en la pechera. Había logrado –y para ella era casi un triunfo– darse vuelta cuando la llamaban *Emma* y responder a ese nombre que le sonaba ajeno y desconocido entre los desconocidos. Los dos perros blancos de *papá*, el galgo y el otro, se pusieron a correr como desaforados debajo de las mesas a la busca de alguna sobra del cerdo; luego, junto con un perro malandrín que llegó de fuera, iniciaron una rebatiña por una costilla, que el *tío Jorge* hubo de acallar pegando unos tiros al aire. Entre el lechón y el postre (tortas de miel para los golosos y mandarinas y peras para los otros) se bailó;

mamá estaba tan contenta que hasta la sacó a bailar a ella después de abrir el baile con *papá*, y todos enmudecieron al ver que ella, que al parecer en el pasado había sido tan buena bailarina, era ahora incapaz de dar un solo paso bueno. Sin embargo, *mamá* no se amedrentó, *mamá* era una mujer de fuego para criar a sus hijas y las amaba incommensurablemente. Vino entonces el *tío Huberto*, que era un cincuentón y se puso con paciencia y voluntad a enseñarle a ella los pasos; pero ella estaba ya cansada y no aprendió ninguno. Entonces sacó a bailar a *su hermana Sofía*, que se había puesto el vestido de seda blanca que había pertenecido a la *abuelita Rosa*, y *el tío* se dedicó a apretarle la cintura de una forma tal que *mamá* hubo de llamarle la atención y puso a la chica a bailar con el padre mientras ella, *mamá*, bailaba con el *tío Huberto*. De cuando en cuando, ella miraba a *su hermana mayor* y le costaba darse cuenta de que no era ella misma: tan iguales eran, tan parecidas a *papá*. *La hermana mayor* solo había sacado de *mamá* las caderas, que son esos huesos que contienen el bajo vientre y donde, después del huesito dulce, la carne se abre para formar las nalgas. A ella le parecía que no había heredado nada de *mamá*, ni de esa parte de la familia, pero la *abuelita Rosa* decía que tenía la nariz respingona y la boca fruncida como *Blanquita*, una hija que se le había muerto en la niñez. *Su hermana mayor* vino y la besó espontáneamente, como se besan los pies del Cristo en las iglesias: la huella de sus labios pintados de coral le quedó estampada en la mejilla; los demás también la llenaron de besos. Comió una mandarina que le supo ácida, y caminó un poco hasta el gallinero, desde donde la miraba muy altivo el enorme gallo rojo que

cantaba cada día a las cuatro de la mañana. La *nana* le había conseguido a ella dos gallinitas azules para que las cuidara y atendiera; la pobre vieja había comprendido que a ella se le había despertado el mismo gusto por los animales que tenía cuando muy pequeña; le estaba agradecida a la *nana* por eso. Enseguida la alcanzó el doctor, le preguntó cómo se sentía y si tenía ganas de hablar con él de alguna cosa en especial; ella lo detestaba y miró hacia el otro lado, donde caía el sol y pronto iba a ser la anochecida, tanto había durado la fiesta, y el doctor aprovechó y se cubrió la boca con la mano derecha para disimular un eructo. *Mamá y la hermana menor* iban y venían sirviendo té de boldo para la digestión y también llevaron naipes a los hombres, que de inmediato se pusieron a jugar; *papá* era muy querido, lo dejaban barajar y dar las cartas a cada ratito. *Mamá* todo el tiempo la vigilaba de reajo, como si temiera que ella pudiera volver a saltar la valla para huir de nuevo, o porque temía que alguien, con palabras duras, la lastimara: *mamá* era una persona que se podía, sin lugar a dudas, llegar a querer. *Papá* siguió con los ojos a la *hermana menor*, como si la *hermana menor* hubiera sido un pájaro en *lontananza* al que el cazador le ha perdonado la vida y lo mira ir con orgullo, y vio que ella salía de la fiesta y se iba hacia el establo chico donde estaban la yegua y su potrillo –el potrillo que iba a ser para la *hermanita*– y sus ojos se nublaron y dijo a los otros hombres: ella es mi pollita. La *hermanita*, al volver, ruborizada y con sus ojitos de ratón ablandados por alguna emoción, besó a *papá* con el amor con que hubiera besado a un amante clandestino, cruzó unas palabras con él y él la palmeó en la parte gorda

Lontananza

A lo lejos.

de *la cadera*, con la clase de palmada que se da a un perro cuzco. Al cabo de un rato, *la hermana menor* vino hasta ella, después de haberla rehuido durante la última semana, para no mencionar la fiesta en que se alejaba de los sitios donde ella estaba como de la peste, y le habló mirándola directamente a los ojos, como haría un sargento con su soldado. Había salido ya la primera estrella y ella la estaba contemplando; brillaba débilmente, hacía grandes esfuerzos para que la intensidad de su brillo creciera: era como una cría de oveja recién nacida. Yo creo, dijo *la hermanita*, que estás fingiendo, y pienso que tus razones tendrás y que no quieres decírnoslas. Pero yo necesito saber y que me digas si estás fingiendo: *Emma*, dijo, y ella la miró clavando sus ojos claros en los ojitos preocupados de *la hermanita*, ¿vos de verdad seguís sin acordarte de nada? Ella masticó la palabrita: Sí. Y *la hermanita* continuó: ¿Y nunca vas a acordarte de nada?; y ella apoyó la palabrita en el paladar y la zarandeó como a un caramelo de limón para darla vuelta y pasarla debajo de la lengua, y no se atrevió a contestar.



Este cuento se publicó en *Esta no es mi noche*.

Si te gustó...

Lo innombrable, cuento de Howard Phillips Lovecraft; *Playa quemada*, cuento de Gustavo Nielsen; *Nosotros, los Caserta*, novela de Aurora Venturini; *Los pichiciegos*, novela de Rodolfo Fogwill; *Stranger things*, serie dirigida por Matt y Ross Duffer; *Nazareno Cruz y el lobo*, película dirigida por Leonardo Favio.

“Ese cuento pertenece a una serie de cuentos, en la que hay objetos mágicos que parecen preciosos al principio y luego son maldiciones, sucede que están cargados de horror”.

Jorge Luis Borges

Jorge Luis Borges

Buenos Aires, 1899-Ginebra, 1986

Escritor argentino considerado una de las grandes figuras de la literatura en lengua española del siglo xx y un maestro de la ficción contemporánea. Jorge Luis Borges ocupa un puesto excepcional en la historia de la literatura por sus relatos breves. Su mundo narrativo proviene de su biblioteca personal, de su lectura de los libros, y lleva la ficción al rango de fantasía filosófica. *Ficciones* (1944), *El Aleph* (1949) y *El Hacedor* (1960) constituyen sus tres colecciones de relatos de mayor proyección. En 1961 obtuvo el Premio Internacional de Literatura Formentor, que compartió con el escritor irlandés Samuel Beckett. Las invitaciones, los doctorados *honoris causa*, los ciclos de conferencias, los premios y las traducciones a las más diversas lenguas se sucedieron en un vértigo incesante. Borges se convirtió en uno de los escritores de mayor prestigio y reconocimiento universal.

El libro de arena

... *thy rope of sands...*

... la cuerda de arena...

George Herbert
(1593-1623)

LA LÍNEA CONSTA DE UN NÚMERO INFINITO de puntos; el plano, de un número infinito de líneas; el volúmen, de un número infinito de planos; el hipervolumen, de un número infinito de volúmenes... No, decididamente no es este, *more geometrico*, el mejor modo de iniciar mi relato. Afirmar que es verídico es ahora una convención de todo relato fantástico; el mío, sin embargo, es verídico.

Yo vivo solo, en un cuarto piso de la calle Belgrano. Hará unos meses, al atardecer, oí un golpe en la puerta. Abrí y entró un desconocido. Era un hombre alto, de rasgos desdibujados. Acaso mi miopía los vio así. Todo

**More
geometrico**
Método filosófico por el cual se deduce un sistema a partir de principios básicos.

su aspecto era de pobreza decente. Estaba de gris y traía una valija gris en la mano. Enseguida sentí que era extranjero. Al principio lo creí viejo; luego ad-

_____ vertí que me había engañado su escaso pelo
Orcadas rubio, casi blanco, a la manera escandinava.
Archipiélago En el curso de nuestra conversación, que no
del norte de duraría una hora, supe que procedía de las
Escocia. Orcadas.

Le señalé una silla. El hombre tardó un rato en hablar. Exhalaba melancolía, como yo ahora.

—Vendo biblias —me dijo.

No sin pedantería le contesté:

—En esta casa hay algunas biblias inglesas, incluso la primera, la de John Wiclif. Tengo asimismo la de Cipriano de Valera, la de Lutero, que literariamente es la peor, y un ejemplar latino de la Vulgata. Como usted ve, no son precisamente biblias lo que me falta.

Al cabo de un silencio me contestó:

_____ —No solo vendo biblias. Puedo mostrarle
Bikanir un libro sagrado que tal vez le interese. Lo ad-
Ciudad quiriré en los confines de Bikanir.
localizada al

noroeste de Abrió la valija y lo dejó sobre la mesa. Era
la India. un volumen en octavo, encuadernado en tela.

Sin duda había pasado por muchas manos. Lo examiné; su inusitado peso me sorprendió. En el lomo decía *Holy Writ* y abajo *Bombay*.

—Será del siglo diecinueve —observé.

—No sé. No lo he sabido nunca —fue la respuesta.

Lo abrí al azar. Los caracteres me eran extraños. Las páginas, que me parecieron gastadas y de pobre tipografía, estaban impresas a dos columnas a la manera

de una biblia. El texto era apretado y estaba ordenado en versículos. En el ángulo superior de las páginas había cifras arábigas. Me llamó la atención que la página par llevara el número (digamos) 40.514 y la impar, la siguiente, 999. La volví; el dorso estaba numerado con ocho cifras. Llevaba una pequeña ilustración, como es de uso en los diccionarios: un ancla dibujada a la pluma, como por la torpe mano de un niño.

Fue entonces que el desconocido me dijo:

—Mírela bien. Ya no la verá nunca más.

Había una amenaza en la afirmación, pero no en la voz.

Me fijé en el lugar y cerré el volumen. Inmediatamente lo abrí. En vano busqué la figura del ancla, hoja tras hoja. Para ocultar mi desconcierto, le dije:

—Se trata de una versión de la Escritura en alguna lengua indostánica, ¿no es verdad?

—No —me replicó.

Luego bajó la voz como para confiarme un secreto:

—Lo adquiriré en un pueblo de la llanura, a cambio de unas rupias y de la Biblia. Su poseedor no sabía leer. Sospecho que en el Libro de los Libros vio un amuleto. Era de la casta más baja; la gente no podía pisar su sombra, sin contaminación. Me dijo que su libro se llamaba el Libro de Arena, porque ni el libro ni la arena tienen ni principio ni fin.

Me pidió que buscara la primera hoja.

Apoyé la mano izquierda sobre la portada y abrí con el dedo pulgar casi pegado al índice. Todo fue inútil: siempre se interponían varias hojas entre la portada y la mano. Era como si brotaran del libro.

—Ahora busque el final.

También fracasé; apenas logré balbucear con una voz que no era la mía:

—Esto no puede ser.

Siempre en voz baja el vendedor de biblias me dijo:

—No puede ser, pero *es*. El número de páginas de este libro es exactamente infinito. Ninguna es la primera; ninguna, la última. No sé por qué están numeradas de ese modo arbitrario. Acaso para dar a entender que los términos de una serie infinita admiten cualquier número.

Después, como si pensara en voz alta:

—Si el espacio es infinito estamos en cualquier punto del espacio. Si el tiempo es infinito estamos en cualquier punto del tiempo.

Sus consideraciones me irritaron. Le pregunté:

—¿Usted es religioso, sin duda?

—Sí, soy presbiteriano. Mi conciencia está clara. Estoy seguro de no haber estafado al nativo cuando le di la Palabra del Señor a trueque de su libro diabólico.

Le aseguré que nada tenía que reprocharse, y le pregunté si estaba de paso por estas tierras. Me respondió que dentro de unos días pensaba regresar a su patria. Fue entonces cuando supe que era escocés, de las islas Orcadas. Le dije que a Escocia yo la quería personalmente por el amor de Stevenson y de Hume.

—Y de Robbie Burns —corrigió.

Mientras hablábamos yo seguía explorando el libro infinito. Con falsa indiferencia le pregunté:

—¿Usted se propone ofrecer este curioso espécimen al Museo Británico?

—No. Se lo ofrezco a usted —me replicó, y fijó una suma elevada.

Le respondí, con toda verdad, que esa suma era inaccesible para mí y me quedé pensando. Al cabo de unos pocos minutos había urdido mi plan.

—Le propongo un canje —le dije—. Usted obtuvo este volumen por unas rupias y por la Escritura Sagrada; yo le ofrezco el monto de mi jubilación, que acabo de cobrar, y la Biblia de Wiclif en letra gótica. La heredé de mis padres.

—A black letter Wiclif! —murmuró.

Fui a mi dormitorio y le traje el dinero y el libro. Volvió las hojas y estudió la carátula con fervor de bibliófilo.

—Trato hecho —me dijo.

Me asombró que no regateara. Solo después comprendería que había entrado en mi casa con la decisión de vender el libro. No contó los billetes, y los guardó.

Hablamos de la India, de las Orcadas y de los jarls noruegos que las rigieron. Era de noche cuando el hombre se fue. No he vuelto a verlo ni sé su nombre.

Pensé guardar el Libro de Arena en el hueco que había dejado el Wiclif, pero opté al fin por esconderlo detrás de unos volúmenes descabalados de *Las mil y una noches*.

Me acosté y no dormí. A las tres o cuatro de la mañana prendí la luz. Busqué el libro imposible, y volví las hojas. En una de ellas vi grabada una máscara. El ángulo llevaba una cifra, ya no sé cuál, elevada a la novena potencia.

Jarl
 Título de conde o de duque en las lenguas nórdicas.

Descabalado
 Desarmado.

No mostré a nadie mi tesoro. A la dicha de poseerlo se agregó el temor de que lo robaran, y después el _____ recelo de que no fuera verdaderamente in-

Misantropía finito. Esas dos inquietudes agravaron mi ya
Rechazo al vieja misantropía. Me quedaban unos ami-
trato con los gos; dejé de verlos. Prisionero del Libro, casi
demás. no me asomaba a la calle. Examiné con una lupa el gastado lomo y las tapas, y rechacé la posibilidad de algún artificio. Comprobé que las pequeñas ilustraciones distaban dos mil páginas una de otra. Las fui anotando en una libreta alfabética, que no tardé en llenar. Nunca se repitieron. De noche, en los escasos intervalos que me concedía el insomnio, soñaba con el libro.

Declinaba el verano, y comprendí que el libro era monstruoso. De nada me sirvió considerar que no menos monstruoso era yo, que lo percibía con ojos y lo palpaba con diez dedos con uñas. Sentí que era un objeto de pesadilla, una cosa obscena que infamaba y corrompía la realidad.

Pensé en el fuego, pero temí que la combustión de un libro infinito fuera parejamente infinita y sofocara de humo al planeta.

Recordé haber leído que el mejor lugar para ocultar una hoja es un bosque. Antes de jubilarme trabajaba en la Biblioteca Nacional, que guarda novecientos mil libros; sé que a mano derecha del vestíbulo una escalera curva se hunde en el sótano, donde están los periódicos y los mapas. Aproveché un descuido de los empleados para perder el Libro de Arena en uno de

los húmedos anaqueles. Traté de no fijarme a qué altura ni a qué distancia de la puerta.

Siento un poco de alivio, pero no quiero ni pasar por la calle México.



Este cuento se publicó en *El libro de arena*.

Si te gustó...

La boda, cuento de Silvina Ocampo; *Casa tomada*, cuento de Julio Cortázar; *Las malas*, novela de Camila Sosa Villada; *El fantasma de Canterville*, novela de Oscar Wilde; *La casa*, serie dirigida por Diego Lerman y Fernando Zuber; *Nosferatu*, película dirigida por Friedrich Wilhelm Murnau.

“Lo acusaban de escribir para asustar a la gente, de traer la selva a la ciudad, de arrimar la barbarie a la civilización. [Ezequiel] Martínez Estrada escribió después de su muerte: ‘Con él aprendimos a contar en serio’, y si miramos la literatura argentina desde acá, no hay manera de no estar de acuerdo”.

Juan Forn

Horacio Quiroga

Salto, 1878 - Buenos Aires, 1937

Narrador uruguayo radicado en la Argentina, es considerado uno de los mayores cuentistas latinoamericanos de todos los tiempos. Las tragedias marcaron la vida del escritor: su padre murió en un accidente de caza, y su padrastro y su primera esposa se suicidaron. En 1918 publicó *Cuentos de la selva*, considerado un clásico de la literatura. Sus cuentos, que fueron apareciendo en diarios y revistas, fueron reunidos en libros. *Cuentos de amor, de locura y de muerte* es su obra más celebrada.

Los buques suicidantes

RESULTA QUE HAY POCAS COSAS MÁS TERRIBLES que encontrar en el mar un buque abandonado. Si de día el peligro es menor, de noche el buque no se ve ni hay advertencia posible: el choque se lleva a uno y otro.

Estos buques abandonados por a o por b, navegan obstinadamente a favor de las corrientes o del viento, si tienen las velas desplegadas. Recorren así los mares, cambiando caprichosamente de rumbo.

No pocos de los vapores que un buen día no llegaron a puerto, han tropezado en su camino con uno de estos buques silenciosos que viajan por su cuenta. Siempre hay probabilidad de hallarlos, a cada minuto. Por ventura las corrientes suelen enredarlos en los mares de sargazo. Los buques se detienen, por fin, aquí o allá, inmóviles para siempre en ese desierto de algas. Así, hasta que poco a poco se van deshaciendo. Pero otros llegan cada día, ocupan su lugar en silencio, de modo que el tranquilo y lúgubre puerto siempre está frecuentado.

Sargazo
Alga marina.

El principal motivo de estos abandonos de buque son sin duda las tempestades y los incendios que dejan a la deriva negros esqueletos errantes.

Pero hay otras causas singulares entre las que se puede incluir lo acaecido al María Margarita, que zarpó de Nueva York el 24 de agosto de 1903, y que el 26 de mañana se puso al habla con una corbeta, sin acusar novedad alguna. Cuatro horas más tarde, un paquebote, no obteniendo respuesta, desprendió una chalupa que abordó al María Margarita. En el buque no había nadie. Las camisetas de los marineros se secaban a proa. La cocina estaba prendida aún. Una máquina de coser tenía la aguja suspendida sobre la costura, como si hubiera sido dejada un momento antes. No había la menor señal de lucha ni de pánico, todo en perfecto orden. Y faltaban todos. ¿Qué pasó?

La noche que aprendí esto estábamos reunidos en el puente. Íbamos a Europa, y el capitán nos contaba su historia marina, perfectamente cierta, por otro lado.

La concurrencia femenina, ganada por la sugestión del oleaje susurrante, oía estremecida. Las chicas nerviosas prestaban sin querer inquieto oído a la ronca voz de los marineros en proa. Una señora muy joven y recién casada se atrevió:

—¿No serán águilas...?

El capitán se sonrió bondadosamente:

—¿Qué, señora? ¿Águilas que se lleven a la tripulación?

Todos se rieron, y la joven hizo lo mismo, un poco cortada.

Felizmente un pasajero sabía algo de eso. Lo miramos curiosamente.

Durante el viaje había sido un excelente compañero, admirando por su cuenta y riesgo, y hablando poco.

—¡Ah! ¡Si nos contara, señor! —suplicó la joven de las águilas.

—No tengo inconveniente —asintió el discreto individuo—. En dos palabras: en los mares del norte, como el María Margarita del capitán, encontramos una vez un barco a vela. Nuestro rumbo —viajábamos también a vela—, nos llevó casi a su lado. El singular aire de abandono que no engaña en un buque llamó nuestra atención, y disminuimos la marcha observándolo. Al fin desprendimos una chalupa; a bordo no se halló a nadie, todo estaba también en perfecto orden. Pero la última anotación del diario databa de cuatro días atrás, de modo que no sentimos mayor impresión. Aun nos reímos un poco de las famosas desapariciones súbitas. Ocho de nuestros hombres quedaron a bordo para el gobierno del nuevo buque. Viajaríamos en conserva. Al anochecer aquel nos tomó un poco de camino. Al día siguiente lo alcanzamos, pero no vimos a nadie sobre el puente. Desprendiose de nuevo la chalupa, y los que fueron recorrieron en vano el buque: todos habían desaparecido. Ni un objeto fuera de su lugar. El mar estaba absolutamente terso en toda su extensión. En la cocina hervía aún una olla con papas.

Como ustedes comprenderán, el terror supersticioso de nuestra gente llegó a su colmo. A la larga, seis se animaron a llenar el vacío, y yo fui con ellos. Apenas a bordo, mis nuevos compañeros se decidieron a beber para desterrar toda preocupación. Estaban sentados en rueda, y a la hora la mayoría cantaba ya.

Llegó mediodía y pasó la siesta. A las cuatro, la brisa cesó y las velas cayeron. Un marinero se acercó a la borda y miró

Viajar en conserva
Viajar en sociedad, socorriéndose mutuamente entre embarcaciones.

el mar aceitoso. Todos se habían levantado, paseándose, sin ganas ya de hablar. Uno se sentó en un cabo arrollado y se sacó la camiseta para remendarla. Cosió un rato en silencio. De pronto se levantó y lanzó un largo silbido. Sus compañeros se volvieron. Él los miró vagamente, sorprendido también, y se sentó de nuevo. Un momento después dejó la camiseta en el rollo, avanzó a la borda y se tiró al agua. Al sentir ruido, los otros dieron vuelta la cabeza, con el ceño ligeramente fruncido. Pero enseguida parecieron olvidarse del incidente, volviendo a la apatía común.

Al rato otro se desperezó, restregose los ojos caminando, y se tiró al agua.

Pasó media hora; el sol iba cayendo. Sentí de pronto que me tocaban en el hombro.

—¿Qué hora es?

—Las cinco —respondí. El viejo marinero que me había hecho la pregunta me miró desconfiado, con las manos en los bolsillos. Miró largo rato mi pantalón, distraído. Al fin se tiró al agua.

Los tres que quedaban, se acercaron rápidamente y observaron el remolino.

Se sentaron en la borda, silbando despacio, con la vista perdida a lo lejos. Uno se bajó y se tendió en el puente, cansado. Los otros desaparecieron uno tras otro. A las seis, el último de todos se levantó, se compuso la ropa, apartose el pelo de la frente, caminó con sueño aún, y se tiró al agua.

Entonces quedé solo, mirando como un idiota el mar desierto. Todos sin saber lo que hacían, se habían arrojado al mar, envueltos en el sonambulismo moroso que flotaba en el buque. Cuando uno se tiraba al agua, los otros se volvían momentáneamente preocupados, como si recordaran

algo, para olvidarse enseguida. Así habían desaparecido todos, y supongo que lo mismo los del día anterior, y los otros y los de los demás buques. Esto es todo.

Nos quedamos mirando al raro hombre con explicable curiosidad.

—¿Y usted no sintió nada? —le preguntó mi vecino de camarote.

—Sí; un gran desgano y obstinación de las mismas ideas, pero nada más. No sé por qué no sentí nada más. Presumo que el motivo es este: en vez de agotarme en una defensa angustiosa y a toda costa contra lo que sentía, como deben de haber hecho todos, y aun los marineros sin darse cuenta, acepté sencillamente esa muerte hipnótica, como si estuviese anulado ya. Algo muy semejante ha pasado sin duda a los centinelas de aquella guardia célebre, que noche a noche se ahorcaban.

Como el comentario era bastante complicado, nadie respondió. Poco después el narrador se retiraba a su camarote. El capitán lo siguió un rato de reojo.

—¡Farsante! —murmuró.

—Al contrario —dijo un pasajero enfermo, que iba a morir a su tierra—. Si fuera farsante no habría dejado de pensar en eso, y se hubiera tirado también al agua.



Este cuento se publicó en *Cuentos de amor, de locura y de muerte*.

Si te gustó...

Las cosas que perdimos en el fuego, cuentos de Mariana Enríquez; *La galera*, cuento de Manuel Mujica Láinez; *Los días del venado*, novela de Liliana Bodoc; *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, novela de Robert L. Stevenson; *Los expedientes secretos X*, serie creada por Chris Carter; *Moebius*, película dirigida por Gustavo Mosquera.

“La vieja pregunta es ¿por qué seguimos leyendo (o pidiendo que nos cuenten) historias terroríficas? En primer lugar, porque nos divierten mucho. [...] Pero hay todavía una razón más profunda: los monstruos existen en serio y todos lo sabemos...”

Alberto Laiseca

Alberto Laiseca

Rosario, 1941-Buenos Aires, 2016

Escritor argentino. Trabajó en diferentes oficios en distintas provincias: fue cosechero, empleado telefónico y corrector de pruebas de galera en el diario *La Razón*. Protagonizó el antológico programa de TV *Cuentos de terror* en el canal I-Sat y presentó películas en el ciclo *Cine de terror* en el canal Retro. Es autor de la monumental novela *Los Sorias* y de 19 libros más en género novela, poesía y ensayo.

Cuentos de la Negra Tomasa

El hambre de los muertos

LA NEGRA TOMASA, TODAS LAS NOCHES, ACOSTUMBRABA contarle cuentos espantosos al niño de la casa. El chico se llamaba Virgilito. Era una relación rara la de la negra con Virgilio, porque el pibe se moría de miedo con los cuentos que le contaba la mujer pero al mismo tiempo le gustaban.

—¿Virgilio... te parece que esta noche... te parece que... esta noche también te cuente un cuento?

—Sí, contame.

—¿Pero estás seguro? Mirá que este cuento es bastante espantoso, ¿eh?

—No importa. Contameló. Me gustan.

—Bueno... si vos mismo lo pedís... ta' bien. Yo te lo cuento. Después no te quejes, ¿eh? No te vas a quejar después.

“Allá en el viejo San Telmo, cerca del Bajo, había una casa en esquina, formando ochava. Creo que todavía existe esa casita. Estaba habitada por negros. Como era un lugar muy chiquito los negros estaban apilados uno arriba del

otro. Y un día de esos vino la fiebre amarilla y los mató a todos. Así que la casa quedó llena de espíritus. Se sentían ruidos raros ahí. La gente no se animaba a pasar.

“Alaridos. Gemidos. ‘¡Me quemo! ¡Me quemo! ¡Tengo fuego en la cara, en la cabeza! ¡Agua! ¡Agua!’”. Y no había nadie. El lugar estaba vacío.

“Como a los treinta años de este sucedido se metió a vivir en ese lugar abandonado, que todos tenían por lugar de fantasmas, una mujer joven con un crío de teta. Chiquito. Todos le habían dicho: ‘Margarita, no te metas ahí porque es un lugar de muertos sin justicia. Te van a cortar la leche que tenés para el crío’. Entonces la mujer se enojó: ‘¿Ah sí? Usted habla eso porque tiene lugar, usted tiene casa, ¿eh? ¿Qué hago yo? ¿Adónde voy a ir con el crío, debajo de un árbol?’”. Y se fue.

“Ahora, ruidos de cadenas la mujer no escuchó. Gemidos, voces, tampoco. (No había ni una luz, ni un reflejo). Lo que sí, a pesar de que la mujer tenía mucha leche, y que el nene tomaba como un desesperado, cada vez se estaba poniendo más flaquito. Casi se le podían ver los güesos. Más flaquito y más flaquito. Entonces la mujer, desesperada, se fue a ver a la bruja de la vuelta. Era una mágica buena, que no hacía maléficos; al contrario: cuidaba a la gente pobre. No bien lo vio al crío la bruja ya supo. ‘Hiciste bien en venir, m’hija. Son los muertos los que te están sacando la leche. Como está todo oscuro vos sentís que te chupan los pezones, y creés que es el nene. Pero no. Son los labios de los muertos los que te están sacando la leche’.

“Menos mal que la bruja era buena y los apañó en su casa en un rinconcito a la mujer y a su crío hasta que se pudieran

—————
Maléficos
*Que perjudica o
 produce daños.*

conseguir otra comodidad. Y le dijo la mágica: ‘¡Oíme bien, muchacha! dos días más (dos días, ¿eh?) que vos te hubieras quedado en la casa y el nene se te moría’”.

No bien Virgilito comprendió que la negra había terminado este cuento le dijo:

—¡Ootro! ¡Contame otro!

—Nooo, qué otro. Te me ponés a dormir ya mismo sin falta. Después tu papá va a andar diciendo que no podés dormir porque yo te cuento historias raras. Así que ahora te me ponés a dormir inmediatamente. Te me tapás, si no, van a venir los muertos sin justicia, ¿eh? Te van a venir los muertos sin justicia. Así que a dormir que hay chinches. A dormir. Ya mismo se me pone a dormir.



Este cuento se publicó en *Cuentos de terror de Alberto Laiseca* (comp.).

Si te gustó...

El visitante, cuento de Cecilia Ferreiroa; *Mundo animal*, cuentos de Antonio Di Benedetto; *Quema*, novela de Ariadna Castellarnau; *Hay que llegar a las casas*, novela de Ezequiel Pérez; *Por el nombre de Dios*, serie dirigida por Jorge Nisco; *Sexto sentido*, película dirigida por Night Shyamalan.

*“¿Qué son los cuentos de
Silvina sino pequeños sepulcros
adornados con plumas y
pedritas, rituales de niña mala
que ha matado un insecto y le
rinde honores?”.*

Alicia Dujovne Ortiz

Silvina Ocampo

Buenos Aires, 1906-1993

Escritora argentina. Autora deslumbrante por la calidad literaria de sus cuentos, ha pasado a la historia de la literatura argentina del siglo xx por su capacidad renovadora del lenguaje. En 1937 publicó su primer libro de cuentos, *Viaje olvidado*, que hoy en día se considera un texto fundamental dentro de la obra de la escritora.

La sogá

ANTOÑITO LÓPEZ LE GUSTABAN LOS JUEGOS peligrosos: subir por la escalera de mano del tanque de agua, tirarse por el tragaluz del techo de la casa, encender papeles en la chimenea. Esos juegos lo entretuvieron hasta que descubrió la sogá, la sogá vieja que servía otrora para atar los baúles, para subir los baldes del fondo del aljibe y, en definitiva, para cualquier cosa; sí, los juegos lo entretuvieron hasta que la sogá cayó en sus manos. Todo un año, de su vida de siete años, Antoñito había esperado que le dieran la sogá; ahora podía hacer con ella lo que quisiera. Primeramente hizo una hamaca, colgada de un árbol, después un arnés para caballo, después una liana para bajar de los árboles, después un salvavidas, después una horca para los reos, después un pasamanos, finalmente una serpiente. Tirándola con fuerza hacia adelante, la sogá se retorció y se volvió con la cabeza hacia atrás, con ímpetu, como dispuesta a morder. A veces subía detrás de Toñito las escaleras, trepaba a los árboles, se acurrucaba en los bancos. Toñito siempre tenía cuidado de evitar que la sogá lo tocara; era parte del juego. Yo lo vi llamar a la

soga, como quien llama a un perro, y la soga se le acercaba, a regañadientes, al principio, luego, poco a poco, obedientemente. Con tanta maestría Antoñito lanzaba la soga y le daba aquel movimiento de serpiente maligna y retorcida, que los dos hubieran podido trabajar en un circo. Nadie le decía: “Toñito, no juegues con la soga”.

La soga parecía tranquila cuando dormía sobre la mesa o en el suelo. Nadie la hubiera creído capaz de ahorcar a nadie. Con el tiempo se volvió más flexible y oscura, casi verde y, por último, un poco viscosa y desagradable, en mi opinión. El gato no se le acercaba y a veces, por las mañanas, entre sus nudos, se demoraban sapos extasiados. Habitualmente, Toñito la acariciaba antes de echarla al aire;

_____ como los discóbolos o lanzadores de jabalinas,
 Discóbolo ya no necesitaba prestar atención a sus movi-
 Atleta que mientos: sola, se hubiera dicho, la soga saltaba
 lanza el disco. de sus manos para lanzarse hacia adelante, para
 retorcerse mejor.

Si alguien le pedía:

—Toñito, préstame la soga.

El muchacho invariablemente contestaba:

—No.

A la soga ya le había salido una lengüita, en el sitio de la cabeza, que era algo aplastada, con barba; su cola, deshilachada, parecía de dragón.

Toñito quiso ahorcar un gato con la soga. La soga se rehusó. Era buena.

¿Una soga, de qué se alimenta? ¡Hay tantas en el mundo! En los barcos, en las casas, en las tiendas, en los museos, en todas partes... Toñito decidió que era herbívora; le dio pasto y le dio agua.

La bautizó con el nombre de Prímula. Cuando lanzaba la sogá, a cada movimiento, decía: “Prímula, vamos. Prímula”. Y Prímula obedecía.

Toñito tomó la costumbre de dormir con Prímula en la cama, con la precaución de colocarle la cabecita sobre la almohada y la cola bien abajo, entre las cobijas.

Una tarde de diciembre, el sol, como una bola de fuego, brillaba en el horizonte, de modo que todo el mundo lo miraba comparándolo con la luna, hasta el mismo Toñito, cuando lanzaba la sogá. Aquella vez la sogá volvió hacia atrás con la energía de siempre y Toñito no retrocedió. La cabeza de Prímula le golpeó en el pecho y le clavó la lengua a través de la blusa.

Así murió Toñito. Yo lo vi, tendido, con los ojos abiertos.

La sogá, con el flequillo despeinado, enroscada junto a él, lo velaba.



Este cuento se publicó en *Los días de la noche*.

Si te gustó...

La caída de la casa Usher, cuento de Edgar Allan Poe; *Irenita cerraba los ojos*, cuento de Federico Bianchini; *Nuestra parte de noche*, novela de Mariana Enríquez; *La masacre de Kruguer*, novela de Luciano Lamberti; *El hombre que volvió de la muerte*, serie dirigida por Martín Clutet; *Drácula*, película dirigida por Francis Ford Coppola.

“Güiraldes siente que su escritura es ejemplar, en tanto acerca la voz del artista y del gaucho, en quien deposita un dechado de virtudes, sobre todo, éticas”.

Eduardo Romano

Ricardo Güiraldes

Buenos Aires, 1866-París, 1927

Narrador argentino. Nació en el seno de una adinerada familia que en 1887 se trasladó a París. Puede decirse que se educó en francés y el castellano fue su segunda lengua. Güiraldes es uno de los mayores exponentes hispanoamericanos de la novela autóctona con su obra maestra *Don Segundo Sombra* (1926), en la que se narran las vicisitudes de la vida del campo y las particularidades de ese ámbito rural amenazado de extinción por la expansión del progreso.

El herrero Miseria

ESTO ERA EN TIEMPO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y SUS APÓSTOLES.

Nuestro Señor, que según dicen fue el creador de la bondad, sabía andar de pueblo en pueblo y de rancho en rancho, por Tierra Santa, enseñando el Evangelio y curando con palabras. En estos viajes, lo llevaba de asistente a san Pedro, al que lo quería muy mucho, por creyente y servicial.

Cuentan que en uno de esos viajes, que por demás veces eran duros como los del resero, como fueran por llegar a un pueblo, a la mula en que iba Nuestro Señor se le perdió una herradura y dentro a manquiar.

—Fijate —le dijo Nuestro Señor a san Pedro— si no ves una herrería, que ya estamos entrando al poblao.

San Pedro, que iba mirando con atención, divisó un rancho viejo de paredes rajadas, que tenía encima de una puerta un letrero que decía: Herrería. Sobre el pucho, se lo contó al Maistro y pararon delante del corralón.

_____ **Resero**
Arreador de reses, especialmente vacunas.

—¡Ave María! —gritaron.

Y, junto con un cuzquito ladrador, salió un anciano harapiento que los convidó a pasar.

—Güenas tardes —dijo Nuestro Señor—. ¿Podría herrear mi mula, que ha perdido la herradura de una mano?

—Apiensén y pasen adelante —contestó el viejo—. Voy a ver si puedo servirlos.

Cuando, ya en la pieza, se acomodaron sobre unas sillas de patas quebradas y torcidas, Nuestro Señor le preguntó al herrero:

—¿Y cuál es tu nombre?

—Me llaman Miseria —respondió el viejo, y se jue a buscar lo necesario pa' servir a los forasteros.

Con mucha pacencia anduvo este servidor de Dios, olfateando en sus cajones y sus bolsas, sin hallar nada. Acobardao iba a golverse pa' pedir disculpa a los que estaban esperando, cuando, regolviendo con la bota un montón de basuras y desperdicios, vido una argolla de plata grandota.

—¿Qué hacéh aquí vos? —le dijo, y recogiénola se jue pa' donde estaba la fragua, prendió el juego, reditió la argolla, hizo a martillo una herradura y se la puso a la mulita de Nuestro Señor. ¡Viejo sagaz y ladino!

—¿Cuánto te debemos, güen hombre? —preguntó Nuestro Señor.

Miseria lo miró bien de arriba abajo y, cuando concluyó de filiarlo, le dijo:

—Por lo que veo, ustedes son tan pobres como yo. ¿Qué diantres les vi'a cobrar? Vayan en paz por el mundo, que algún día tal vez Dios me lo tenga en cuenta.

—Así sea —dijo Nuestro Señor y, después de haberse despedido, montaron los forasteros en sus mulas y salieron al sobrepaso.

Cuando iban ya retiraditos, le dice a Jesús este san Pedro, que debía ser medio lerdo:

—Verdá, Señor, que somos desagradecidos. Este pobre hombre nos ha herrao la mula con una herradura 'e plata, no noh ha cobrao nada por más que es repobre, y nohotros nos vamos sin darle siquiera una prenda de amistad.

—Decís bien —contestó Nuestro Señor—. Volvamos hasta su casa pa' concederle tres Gracias, que él eligirá a su gusto.

Cuando Miseria los vido llegar de güelta creyó que se había desprendido la herradura y los hizo pasar como endenantes. Nuestro Señor le dijo a qué venían y el hombre lo miró de soslayo, medio con ganitas de rairse, medio con ganitas de disparar.

—Pensá bien —dijo Nuestro Señor— antes de hacer tu pedido.

San Pedro, que se había acomodado atrás de Miseria, le sopló:

—Pedí el Paraíso.

—Callate, viejo —le contestó por lo bajo Miseria, pa' después decirle a Nuestro Señor—: Quiero que el que se siente en mi silla no se pueda levantar de ella sin mi permiso.

—Concedido —dijo Nuestro Señor—. ¿A ver la segunda Gracia? Pensala con cuidao.

—¡Pedí el Paraíso, porfiao! —le sopló de atrás san Pedro.

—Callate, viejo metido —le contestó por lo bajo Miseria, pa' después decirle a Nuestro Señor—: Quiero que el que suba a mis nogales no se pueda bajar de ellos sin mi permiso.

—Concedido —dijo Nuestro Señor—. Y, aura, la tercera y última Gracia. No te apurés.

—¡Pedí el Paraíso, porfiao! —le sopló de atrás san Pedro.

—¿Te quedarás callar, viejo idiota? —le contestó Miseria enojao, pa' después decirle a Nuestro Señor—: Quiero que el que se meta en mi tabaquera no pueda salir sin mi permiso.

—Concedido —dijo Nuestro Señor y, después de despedirse, se jue.

Ni bien Miseria quedó solo, comenzó a cavilar y, poco a poco, jue dentrándole rabia de no haber sabido sacar más ventaja de las tres Gracias concedidas.

—También, seré sonso —gritó, tirando contra el suelo el chambergo—. Lo que es, si aurita mesmo se presentara el demonio, le daría mi alma con tal de poderle pedir veinte años de vida y plata a discreción.

En ese mismo momento, se presentó a la puerta 'el rancho un caballero que le dijo:

—Si querés, Miseria, yo te puedo presentar un contrato dándote lo que pedís.

Y ya sacó un rollo de papel con escrituras y números, lo más bien acondicionao, que traiba en el bolsillo. Y allí las leyeron juntos a las letras y, estando conformes en el trato, firmaron los dos con mucho pulso, arriba de un sello que traiba el rollo.

Ni bien el diablo se jue y Miseria quedó solo, tantió la bolsa de oro que le había dejao Mandinga, se

Mandinga

*Representación
del diablo
en algunas
regiones de
Sudamérica.*

miró en el bañadero de los patos, donde vido que estaba mozo, y se jue al pueblo pa' comprar ropa, pidió pieza en la fonda como señor, y durmió esa noche contento.

¡Amigo! Había de ver cómo cambió la vida de este hombre. Terció con príncipes y gobernadores y alcaldes, jugaba como nenguno en las carreras, viajó por todo el mundo, tuvo trato con hijas de reyes y marqueses...

Pero, bien dicen que pronto se pasan los años cuando se emplean de este modo, de suerte que se cumplió el año vigésimo y en un momento casual en que Miseria había venido a rairse de su rancho, se presentó el diablo con el nombre de caballero Lili, como vez pasada, y peló el contrato pa' exigir que se le pagara lo convenido.

Miseria, que era hombre honrao, aunque medio tristón, le dijo a Lili que lo esperara, que iba a lavarse y ponerse güena ropa pa' presentarse al Infierno como era debido. Así lo hizo, pensando que al fin todo lazo se corta y que su felicidad había terminao.

Al golver lo halló a Lili sentao en su silla aguardando con pacencia.

—Ya estoy acomodao —le dijo—, ¿vamos yendo?

—¡Cómo hemos de irnos —contestó Lili— si estoy pegao en esta silla como por un encanto!

Miseria se acordó de las virtudes que le había concedido el hombre 'e la mula y le dentró una risa tremenda.

—¡Enderezate, pues, maula, si sos diablo!
—le dijo a Lili.

Al ñudo este hizo bellaquear la silla. No pudo alzarse ni un chiquito y sudaba, mirándolo a Miseria.

Maula

Cosa inútil y despreciable, persona mala o tramposa.

—Entonces —le dijo el que jue herrero—, si querés dirte, firmame otros veinte años de vida y plata a discreción.

El demonio hizo lo que le pedía Miseria, y este le dio permiso pa' que se juera.

Otra vez el viejo, remozao y platudo, se golvió a correr mundo: terció con príncipes y manates, gastó plata como naides, tuvo trato con hijas de reyes y de comerciantes juertes...

Pero los años, pa'l que se divierte, juyen pronto, de suerte que, cumplido el vigésimo, Miseria quiso dar fin cabal a su palabra y rumbió al pago de su herrería.

A todo esto Lili, que era medio lenguaraz y alcahuate, había contao en los infiernos el encanto 'e la silla.

—Hay que andar con ojo alerta —había dicho Lucifer—. Ese viejo está protegido y es ladino. Dos serán los que lo van a buscar al fin del trato.

Por esto jue que, al apiarse en el rancho, Miseria vido que lo estaban esperando dos hombres, y uno de ellos era Lili.

—Pasen adelante; sientensén —les dijo—, mientras yo me lavo y me visto pa' dentrar al Infierno como es debido.

—Yo no me siento —dijo Lili.

—Como quieran. Pueden pasar al patio y bajar unas nueces, que seguramente serán las mejores que habrán comido en su vida 'e diablos.

Lili no quiso saber nada; pero, cuando se hallaron solos, su compañero le dijo que iba a dar una güelta por debajo de los nogales a ver si podía recoger del suelo alguna nuez caída y probarla. Al rato no más golvió diciendo que

había hallao una yuntita y que, en comiéndolas, naide podía negar que fueran las más ricas del mundo.

Juntos se jueron pa' dentro y comenzaron a buscar sin hallar nada.

Pa' esto, al diablo amigo de Lili se le había calentao la boca y dijo que se iba a subir a la planta pa' seguir pegándole al manjar. Lili le advirtió que había que desconfiar, pero el goloso no hizo caso y subió a los árboles, donde comenzó a tragar sin descanso, diciéndole de tiempo en tiempo:

—¡Cha que son güenas! ¡Cha que son güenas!

—Tirame unas cuantas —le gritó Lili, de abajo.

—Allí va una —dijo el de arriba.

—Tirame otras cuantas —golvió a pedirle Lili, no bien se comió la primera.

—Estoy muy ocupao —le contestó el tragón—. Si querés más, subite al árbol.

Lili, después de cavilar un rato, se subió.

Cuando Miseria salió de la pieza y vido a los dos diablos en el nogal, le dentró una risa tremenda.

—Aquí estoy a su mandao —les gritó—. Vamos cuando ustedes gusten.

—Es que no nos podemoh abajar —le contestaron los diablos, que estaban como pegaos a las ramas.

—Lindo —les dijo Miseria—. Entonces firmenmén otra vez el contrato, dándome otros veinte años de vida y plata a discreción.

Los diablos hicieron lo que Miseria les pedía y este les dio permiso pa' que bajaran.

Miseria golvió a correr mundo y terció con gente coquetuda y tiró plata y tuvo amores con damas de primera.

Pero los años dentraron a disparar, como endenan-
tes, de suerte que, al llegar al año vigésimo, Miseria,
queriendo dar pago a su deuda, se acordó de la herrería
en que había sufrido.

A todo esto, los diablos en el Infierno le habían conta-
o a Lucifer lo sucedido y este, enojadazo, les había dicho:

—¡Canejo! ¿No les previne de que anduvieran con es-
mero porque ese hombre era por demás ladino? Esta güel-
ta que viene, vamoh a dir toditos, a ver si se nos escapa.

Por esto jue que Miseria, al llegar a su rancho, vido

_____ más gente riunida que en una jugada 'e taba. Pero
Taba esa gente, acomodada como un ejército, parecía
Juego estar a la orden de un mandón con corona. Mise-
criollo. ria pensó que el mesmito Infierno se había mu-
dado a su casa, y llegó, mirando como pato el arriador,
a esa pueblada de diablos. “Si escapo de esta, se dijo, en
fija que ya nunca la pierdo”. Pero, haciéndose el muy
templao, preguntó a aquella gente:

—¿Quieren hablar conmigo?

—Sí —contestó juerte el de la corona.

—A usted —le retrucó Miseria— no le he firmao
contrato nenguno, pa' que venga tomando velas en
este entierro.

—Pero me vah a seguir —gritó el coronao— porque
yo soy el Ray de loh Infiernos.

—¿Y a mí quién me da el certificao? —alegó Mise-
ria—. Si usted es lo que dice, ha de poder hacer de fijo
que todos los diablos dentren en su cuerpo y golverse
una hormiga.

Otro hubiera desconfiiao, pero dicen que a los ma-
los los sabe perder la rabia y el orgullo, de modo que

Lucifer, ciego de juror, dio un grito y en el momento mismo se pasó a la forma de una hormiga, que llevaba adentro a todos los demonios del Infierno.

Sin dilación, Miseria agarró el bichito que caminaba sobre los ladrillos del piso, lo metió en su tabaquera, se fue a la herrería, la colocó sobre el yunque y, con un martillo, se arrastró a pegarle con todita el alma, hasta que la camiseta se le empapó de sudor.

Entonces, se refrescó, se mudó y salió a pasiar por el pueblo.

¡Bien haiga, viejito sagaz! Todos los días, colocaba la tabaquera sobre el yunque y le pegaba tamaña paliza hasta empapar la camiseta, pa' después salir a pasiar por el pueblo.

Y así se fueron los años.

Y resultó que ya en el pueblo no hubo peleas, ni plaitos ni alegaciones. Los maridos no las castigaban a las mujeres, ni las madres a los chicos. Tíos, primos y entenaos se entendían como Dios manda; no salía la viuda, ni el chanchito; no se veían luces malas y los enfermos sanaron todos; los viejos no acababan de morir y hasta los perros fueron virtuosos. Los vecinos se entendían bien, los baguales no corcoviaban más que de alegría y todo andaba como reló de rico. Qué, si ni había que baldiar los pozos porque toda agua era güena.

Baguales
Caballos no
domados.

Ansina como no hay caminos sin repechos, no hay suerte sin desgracias, y vino a suceder que abogaos, procuradores, jueces de paz, curanderos, médicos y todos los que son autoridá y viven de la desgracia y vicios de la gente comenzaron a ponerse charcones de hambre

y fueron muriendo.

Y un día, asustaos los que quedaban de esta morralla, se endilgaron pa' lo del gobernador a pedirle ayuda por lo que les sucedía. Y el gobernador, que también dentaba en la partida de los castigaos, les dijo que nada podía remediar y les dio una plata del Estao, alvirtiéndoles que era la única vez que lo hacía porque no era obligación del gobierno el andarlos ayudando.

Pasaron unos meses, y ya los procuradores, jueces y otros bichos iban mermando por haber pasao los más a mejor vida, cuando uno de ellos, el más pícaro, vino a maliciar la verdá y los invitó a todos a que golvieran a lo del gobernador, dándoles promesa de que ganarían el plaito.

Así fue. Y cuando estuvieron frente al manate, el procurador le dijo a Suecelencia que todah esas calamidades sucedían porque el herrero Miseria tenía encerraos en su tabaquera a los diablos del Infierno.

Sobre el pucho, el mandón lo mandó traír a Miseria y, en presencia de todos, le largó un discurso:

—¿Ahá, sos vos? ¡Bonito andás poniendo al mundo con tus brujerías y encantos, viejo indino! Aurita vah a dejar las cosas como estaban, sin meterte a redimir culpas ni castigar diablos. ¿No ves que, siendo el mundo como es, no puede pasarse del mal y que las leyes y lah enfermedades y todos los que viven de ellas, que son muchos, precisan de que los diablos anden por la tierra? En este mesmo momento vah al trote y largás loh Infiernos de tu tabaquera.

Miseria comprendió que el gobernador tenía razón,

confesó la verdá y jue pa' su casa pa' cumplir lo mandao.

Ya estaba por demás viejo y aburrido del mundo, de suerte que irse de él poco le importaba.

En su rancho, antes de largar los diablos, puso la tabaquera en el yunque, como era su costumbre, y por última vez le dio una güena sobada, hasta que la camiseta quedó empapada de sudor.

—¿Si yo los largo van a andar embromando por aquí?
—les preguntó a los mandingas.

—No, no —gritaban estos de adentro—. Larganos y te juramos no golver nunca por tu casa.

Entonces Miseria abrió la tabaquera y los licenció pa' que se jue ran.

Salió la hormiguita y creció hasta ser el Malo. Comenzaron a brotar del cuerpo de Lucifer todos los demonios y redepente, en un tropel, tomó esta diablada por esas calles de Dios, levantando una polvadera como nube 'e tormenta.

Y aura viene el fin.

Ya Miseria estaba en las últimas humeadas del pucho, porque a todo cristiano le llega el momento de entregar la osamenta y él bastante la había usao.

Y Miseria, pensando hacerlo mejor, se jue a echar sobre sus jergas a esperar la muerte. Allá, en su piecitta de pobre, se halló tan aburrido y desganao que ni se levantaba siquiera pa' comer ni tomar agua. Despacito nomás se jue consumiendo hasta que quedó duro y como secoo por los años.

Y aura es que, en habiendo dejao el cuerpo pa' los bichos, Miseria pensó lo que le quedaba por hacer y, sin dilación, porque no era sonso, el hombre enderezó pa'l Cielo

y, después de un viaje largo, golpió en la puerta de este.

Cuantito se abrió la puerta, san Pedro y Miseria se reconocieron, pero al viejo pícaro no le convenían esos recuerdos y, haciéndose el chanco rengo, pidió permiso pa' pasar.

—¡Hum! —dijo san Pedro—. Cuando yo estuve en tu herrería con Nuestro Señor, pa' concederte tres Gracias, te dije que pidieras el Paraíso y vos me contestaste: "Callate, viejo idiota". Y no es que te la guarde, pero no puedo dejarte pasar aura porque, en habiéndote ofrecido tres veces el Cielo, vos te negaste a aceptarlo.

Y, como ahí no más el portero del Paraíso cerró la puerta, Miseria, pensando que de dos males hay que elegir el menos pior, rumbió pa'l Purgatorio a probar cómo andaría.

Pero, amigo, allí le dijeron que solo podían entrar las almas destinadas al Cielo y que como él nunca podría llegar a esa gloria, por haberla desnegao en la oportunidad, no podían guardarlo. Las penas eternas le tocaba cumplirlas en el Infierno.

Y Miseria enderezó al Infierno y golpió en la puerta como antes golpiaba en la tabaquera sobre el yunque haciendo llorar a los diablos. Y le abrieron, ¡pero qué rabia no le daría cuando se encontró cara a cara con el mismo Lili!

—¡Maldita mi suerte —gritó—, que andequiera he de tener conocidos!

Y Lili, acordándose de las palizas, salió que quemaba, con la cola como bandera 'e comisaría, y no paró hasta los pieses mismos de Lucifer, al que contó quién

estaba de visita.

Nunca los diablos se habían pegao tan tamaño susto, y el mismo Ray de loh Infiernos, recordando también el rigor del martillo, se puso a gritar como gallina culeca, ordenando que cerraran bien toditas las puertas, no juera a dentrar semejante cachafaz.

Ahí quedó Miseria sin dentrada a ningún lao, porque ni en el Cielo, ni en el Purgatorio, ni en el Infierno lo querían como socio; y dicen que es por eso que, dende entonces, Miseria y Pobreza son cosas de este mundo y nunca se irán a otra parte porque en ninguna quieren almitir su existencia.



Esta versión de “El herrero Miseria”, que es parte de *Don Segundo Sombra*, se publicó en el libro *Historias improbables: Antología del cuento insólito argentino*.

Si te gustó...

Ay, cuento de Angélica Gorodischer; *Las fuerzas extrañas*, cuentos de Leopoldo Lugones; *Laguna*, novela de Vanina Colagiovanni; *La invención de Morel*, novela de Adolfo Bioy Casares; *Cuentos asombrosos*, serie dirigida por Steven Spielberg; *La ventana secreta*, película dirigida por David Koepp.

“En ‘Después del cine’, Amalia Jamilis se adelanta a su época. Escrito poco antes de la dictadura militar de 1976, puede leerse hoy como una parábola sobre la sustracción de niños nacidos en cautiverio”.

María Teresa Andruetto

Amalia Jamilis

Buenos Aires, 1936 - Bahía Blanca, 1999

Escritora argentina. Su obra explora ese espacio de confluencia entre lo real y lo fantástico incorporando elementos de la reciente historia argentina. Se inició como artista plástica, pero luego se dedicó a la escritura y ganó numerosos premios. Su novela *Los días de la suerte* ganó el premio Emecé, en 1968, y el mismo año ganó el Pen Club Internacional por *Detrás de las columnas*.

Después del cine

EL HOMBRE MUERTO TOMABA CAFÉ VESTIDO con un pantalón brillante y un saco de alamares. La mujer se levantó de la cama y con un dedo enguantado le señaló algo que había adentro de la taza. El hombre miró sonriendo; mientras sonreía, la mujer abrió su cartera, sacó un revólver y lo mató. El hombre se desplomó hacia atrás con mucho ruido y estaba muerto, ya no volvería a tomar café nunca más. La mujer se puso un tapado de piel, como hacía Olimpia en invierno, y un sombrero altísimo, le dio al muerto un beso en la boca y salió a la calle.

Alamar

Presilla con botón que se cose a la orilla del vestido.

Misa terminó de comer el pop choclo y se dio cuenta de que Victoria no estaba; a lo mejor había ido hasta el baño, porque siempre que iba al cine con Victoria, ella se levantaba una o dos veces para ir al baño.

Pop choclo

Pochoclo

Algunos asientos más allá, un hombre y una mujer viejos abrían paquetes de caramelos. A su lado, una rubia bajita miraba la película y se comía las uñas.

Ahora un vigilante con una estrella de plata arrastraba a la mujer del tapado de piel, ella se retorció y echaba espuma por la boca. Sonaban los silbatos y se encendían linternas, la mujer conseguía escaparse y llegaba hasta una estación blanca de nieve en el momento en que avanzaba un tren. La mujer se arrojaba a las vías, había luces, sombras y más nieve y el tren la partía en mil pedazos.

A su lado, la rubia se sonó fuertemente la nariz. La gente empezaba a levantarse y a ponerse los abrigos. Misa salió última y fue al baño, pero Victoria no estaba; tampoco estaba en el vestíbulo.

Al llegar a la esquina se dio cuenta de que era una noche muy oscura. A mitad de cuadra habían quedado las luces del cine y las voces; de pronto se encontraba caminando pegada a la pared, siguiendo a un hombre y a una mujer que ahora, detenidos y dados vuelta hacia ella, eran el hombre y la mujer viejos del cine que comían caramelos.

—Hola —dijo el hombre—. Una nena sola.

—Los chicos no deben andar solos de noche —dictaminó la mujer.

Recién entonces Misa reparó en que eran realmente muy viejos, más de lo que ella había visto nunca. Se apretó contra la pared y se cubrió la cara con las manos.

—No te asustes, nena —dijo el hombre, acariciándole la cabeza—. Solo queremos que vuelvas a casa, es muy tarde para una chica sola.

—Además hace frío. Augusto, esta nena va desabrigada.

—Y no solo por el frío —siguió diciendo el hombre—. De noche nunca se sabe con qué cosa va a encontrarse una chica por las esquinas, sin contar a los murciélagos. Me acuerdo que cuando muchacho los murciélagos me asustaban

horriblemente. Y eso que nunca fui lo que se dice un corbarde, Magdalena. Pero esta chica está asustada. Sacate las manos de la cara, hijita, y decinos cómo te llamas.

—Augusto, basta de decir tonterías. Lo único que has conseguido es impresionar más a la pobre criatura.

—Sabés muy bien que los chicos pequeños me intimidan, Magdalena.

—Bueno, criatura, a ver, ¿dónde vivís?

—No sé —dijo Misa, sin sacar sus manos de la cara, mirando a la mujer por entre los dedos abiertos.

—Pero cómo es que llegaste hasta aquí; ¿estabas viendo el cine?

—Sí —dijo Misa.

—Pobrecita, mandar a una nena tan chica sola al cine —reflexionó el hombre, como hablando consigo mismo—. Hay gente desalmada. Cuando todavía ejercía, conocí a una mujer que mató a su hija porque le había contado al padre que ella la dejaba todas las tardes en un cine para verse con su amante. Magdalena, si hubieses visto a aquella mujer no lo creerías. Parecía toda delicadeza.

—Augusto, no se puede decir que seas oportuno. Vamos, nena. ¿Quién te trajo al cine?

—Victoria —dijo Misa, retirando por fin sus manos de la cara.

—Pero mirá, Augusto, qué linda es. Me hace acordar a Teté. Los mismos rulitos castaños, la misma forma de la boca. Si Teté viviera tendría ahora... dejame contar.

—Magdalena, no empecemos otra vez.

—Siempre sostuve, Augusto, que en el fondo eras un hombre sin corazón. Cómo puede ser que no me permitas recordar a mi propia hija.

—Te hace mal, Magdalena. Después te dan jaquecas. Acordate las que tuviste el año pasado. Te dieron seguido durante seis meses, por lo menos.

—Teté tendría treinta y dos años —dijo la mujer tomando de la mano a Misa—. Me acuerdo de ella como si fuera hoy.

—No quiero contradecirte, Magdalena —dijo el hombre—, pero no es sano lo que hiciste. Conservar sus cosas, su cuarto, todos estos años.

—Era una manera de que Teté siguiera entre nosotros. Y ahora esta chica.

—Magdalena.

—Podría ser, bueno, no recuerdo la palabra, una reencarnación. Eso.

—Magdalena, basta.

—No, Augusto, no voy a permitir que me grites en la calle. Cualquiera puede pasar, y entonces, ¿qué pensará de nosotros?

—Tenés razón, Magdalena, disculpame.

—Bueno, hijita, ¿quién es Victoria?

—No sé —dijo Misa con un súbito escalofrío.

—No sabe —repitió el hombre—. Mi Dios, cuánta maldad hay en el mundo.

—Está helada y muerta de miedo —dijo la mujer—. Los dientes le castañetean; quién sabe desde cuándo no come. Es bastante flaca. Los vestiditos de Teté le quedarían justos.

—Magdalena, no hables así.

—Tendrías que alegrarte, Augusto. Siempre dijiste que debía desprenderme de todas las cosas de Teté. De sus vestidos, de sus muebles, de sus fotografías.

—Si dije eso, lo dije por tu bien, Magdalena. A veces me pareció que te estabas por volver loca.

—Qué podés saber, Augusto. Si vamos a hablar claro, nunca te destacaste por tu sensibilidad.

—Mentira. Sabés muy bien que soy fanático por la música.

—Estamos hablando de cosas distintas, Augusto. Además no podemos dejar a este pobre ángel aquí, sola y desamparada en mitad de la calle.

—Cierto. Hay que hacer algo. Podríamos buscar la seccional de este barrio y dejarla allí.

—Pero, qué estás diciendo. No puedo creerlo, esto es demasiado. Y si nadie la va a buscar. ¿Qué querés que hagan con ella en la comisaría? ¿Creés que la van a alimentar, que le van a dar ropa de abrigo? Además, sabés muy bien lo que le espera a esta criatura.

—Sí, el asilo.

—Sí, el asilo, sí, el asilo —se burló la mujer. Misa, en tanto, los miraba alternativamente, y su mirada fijaba detalles: el brillo dorado de los anteojos del hombre, el zorro de piel que la mujer llevaba arrollado al cuello.

—Augusto —dijo la mujer—. Si te oponés, no tendré otro remedio que llevármela a lo de Clotilde. Ella me la dejará tener con gusto.

—Hablás como una chiquilina, Magdalena. Como si tuvieras dieciocho años y estuvieras por fugarte de tu casa. Quiere decir que te quedarías con la chica en lo de Clotilde, en lo de esa chiflada.

—Augusto, no te permito. Es mi hermana.

—Tenés razón, Magdalena, disculpame.

—Ahora yo me pregunto, Augusto, ¿podríamos adoptar a una chica a nuestra edad?

—No intentarás decir que pensás en serio adoptar a la chica.

—¿Y por qué no? Después de todo sería cuestión de imaginar que Teté se ha casado y que esta criatura es su hija. Algo tan fácil con sus rulos, con la forma de la boca.

—Es ridículo, Magdalena, a nuestra edad.

—Si se trata de gastos, no te preocupes, Augusto. Emplearé en ella mi propia renta. La mandaré a un buen colegio. Los sábados a la tarde la llevaré a tomar el té a Gath & Chaves. Cuando sea grande haremos fiestas para que se destaque. Todo lo que no pude darle a la pobre Teté.

—No se trata de gastos, Magdalena.

—Entonces vamos yendo —dijo la mujer. Se inclinó sobre Misa y de pronto pareció recordar algo.

—Pero ¿y tu nombre? Todavía no te hemos preguntado el nombre. ¿Cómo te llamás?

Se llamaba María Luisa, pero nadie la había llamado jamás así, de modo que permaneció callada. El zorro de piel la miró con su único ojo gris que lanzaba destellos. Primero se retrajo, asustada ante aquel ojo luminoso; después percibió el perfume de la mujer vieja, levantó la cara y la miró y la cara de esa mujer le devolvió su mirada, y estaba llena de arrugas de risa. Entonces se atrevió; lentamente acarició la piel del zorro y dijo:

—Misa.

El hombre y la mujer la tomaron de las manos y empezaron a caminar con ella en el medio. Algunos nombres le subieron a los labios mientras caminaba. Sin voz dijo Victoria y dijo Cela, dijo Rogelio y dijo Pampa, dijo Nana y dijo Feroso; dijo algunos nombres más. Cada paso que daba correspondía a un nombre.

Se detuvieron junto a un auto; el hombre y la mujer la ayudaron a subir y la sentaron entre los dos; después el auto se puso en marcha. Para cuando llegaran a destino ya ella se habría olvidado de todo.



Este cuento se publicó en *Los trabajos nocturnos*.

Si te gustó...

Diecinueve garras y un pájaro oscuro, cuentos de Agustina Bazterrica; *Cada vez más cerca*, cuentos de Elvio Gandolfo; *Frankenstein o el moderno Prometeo*, novela de Mary Shelley; *El mal menor*, novela de C. E. Feiling; *Obras maestras del terror*, serie dirigida por Enrique Carreras; *El secreto de Mary Reilly*, película dirigida por Stephen Frears.

Se terminó de imprimir en los meses
de noviembre y diciembre de 2021
en los talleres gráficos de Arcángel Maggio,
calle Lafayette 1695, Ciudad Autónoma
de Buenos Aires, Argentina.



Cosas imposibles

Cuentos fantásticos y de terror

Muchas personas comparten con Cortázar el “sentimiento de lo fantástico”, la convicción de que nuestra vida cotidiana está llena de grietas por las cuales puede filtrarse cualquier cosa inesperada, inexplicable. Un hecho casual nos sorprende, nos perturba y nos obliga a preguntarnos hasta dónde llega nuestra percepción. Entonces dudamos, nos inquietamos. La duda es la esencia de lo fantástico y nace de la incógnita que cualquier relato fantástico deja siempre colgando en el aire, como un hilo de seda que jamás lograremos atrapar.

ISBN 978-987-8915-03-6



9 789878 915036

librosycasas.cultura.gob.ar

